

¿UN DIOS OMNIPOTENTE?

ESCUELA DE PAZ “Vincenzo Buccelletti”

*Conferencias del padre Alberto Maggi, Director del CENTRO DE ESTUDIOS
BIBLICOS “G.Vannucci” de Montefano*

Senigallia 15-17 enero 2003

PRIMER ENCUENTRO

Iniciemos ahora, sin más preámbulos, nuestro encuentro. Nos disponemos a reflexionar durante tres días sobre el poder y sobre la omnipotencia de Dios, o, mejor, sobre la figura evangélica del Dios no-poderoso, el Dios que da la espalda a la imposición y al uso de la fuerza, el Dios que ejerce su poder de forma original, únicamente desde el amor.

Trataremos ante todo de la evolución que ha sufrido el concepto de Dios dentro del hebraísmo. Esta mirada a la historia nos ayudará a situarnos adecuadamente sobre el transcurso religioso en que se inserta Jesús. Hoy, pues, centraremos nuestra atención en la imagen de Dios que imperaba en la cultura y en el ámbito de la religión en cuyo seno nació y creció Jesucristo.

Mañana daremos un paso adelante. Analizando algunos episodios narrados en el evangelio de Juan, presentaremos la imagen de Dios que Jesús anunció. Podremos comprobar que se trata de una novedad desconcertante, una imagen completamente nueva, asombrosa y sobre todo, escandalosa, una imagen que se convertiría más tarde en causa de su muerte. Apreciaremos con nitidez las dimensiones enormes, inauditas, de la novedad que Jesús trae.

Finalmente, en nuestro último encuentro, prestaremos atención al rostro del Dios de Jesús tal como lo percibieron y presentaron los otros evangelistas.

Así pues, ocupará nuestra atención la reflexión en torno al Dios no-poderoso, el Dios impotente. El Concilio Vaticano II enumera entre las causas del rechazo de Dios característico de nuestra época –y podemos decir que no le falta razón- la responsabilidad que recae en muchos creyentes por haber presentado una imagen de Dios que poco o nada tiene que ver con la que aparece en los evangelios.

Dice la Iglesia que el surgir del ateísmo, o sea, la base sobre la cual se fundamenta la elaboración del rechazo de Dios, es en parte responsabilidad de nosotros, cristianos, tiene que ver con el Dios que presentamos a los demás. Comprenderéis que si presentamos a la gente un Dios que no es mejor que nosotros, un Dios que no va mucho más allá de nuestro nivel, la gente no siente especial atracción por él y acaba rechazándolo porque le resulta inútil.

Una de las imágenes de Dios que mayor obstáculo suponen para las personas que quieren creer, pero que no consiguen aceptar cuando razonan con la propia inteligencia – lo cual es del todo legítimo, querer comprender es siempre loable-, es precisamente la del Dios omnipotente, al menos tal como es entendida popularmente, por regla general.

Si afirmamos que Dios es omnipotente, salta a la vista en seguida una grave contradicción: si Dios es omnipotente, entonces no puede ser bueno. Si Dios es omnipotente - repito, tal como popularmente se entiende la omnipotencia-, es decir, que puede hacerlo todo, entonces no es un Dios bueno, porque ¿cómo puede permanecer insensible frente a las tremendas tragedias y sufrimientos que asolan a la humanidad?.

Si decimos que Dios es omnipotente, entonces no es un Dios bueno. Si decimos que Dios es bueno, entonces no es omnipotente, porque la omnipotencia de este Dios bueno no se manifiesta por ninguna parte.

¿Podemos hoy día seguir justificando la falta de intervención de Dios frente a los males que tienen lugar en el mundo?. ¿Qué decir frente a la objeción: ‘si Dios es omnipotente, por qué

permite la existencia del mal’?

La justificación que suele hacerse, afirmando que Dios no desea el mal, pero que lo permite, resulta banal e indecente: “Dios no quiere el mal, pero deja que exista”. Un Dios que no quiere el mal, pero lo permite, ¿acaso no equivale a un Dios cómplice de este mal?.

¿Quién de nosotros, no deseando el mal y pudiendo evitarlo, dejaría que se propagara impunemente, sin ponerle un freno de inmediato?. La imagen enunciada más arriba, que tradicionalmente se atribuye a Dios, supone un verdadero insulto a su rostro. Un Dios que no quiere, pero permite el mal es, de hecho, un Dios insensible a los sufrimientos del hombre.

Este tipo de imagen, desvirtuada y errónea, provoca el rechazo de la divinidad. De hecho, cuando el hombre descubre ser mejor que Dios, no sabe ya qué hacer con él. Puede ser incluso que Dios exista, pero es indiferente, poco o nada influye en nuestra existencia. Un Dios de ese tipo no sirve para nada.

En estos encuentros nos preguntaremos: ¿estamos seguros de que Dios es omnipotente? Y si resultase que Dios no es omnipotente, o sea, que su poder tiene un límite, ¿qué cambiaría en nuestra relación con él y con los demás?. ¿Es posible hablar de un Dios débil, de un Dios vulnerable?. He aquí una presentación sintética de cuanto nos proponemos reflexionar juntos a lo largo de estos tres días.

Las generaciones precedentes no tenían problemas de este tipo. En el pasado, todo era claro, para cada pregunta había una respuesta exacta. Muchos de nosotros, al menos los de mi generación, recordaremos probablemente las preguntas y las respuestas del catecismo que estudiábamos. *¿Quién es Dios?. Dios es el ser perfectísimo, creador y Señor del cielo y de la tierra.* Por tanto, ningún problema. Dios es un ser perfectísimo. La verdad es que experimentar un arrebatado amoroso de afecto hacia un ser perfectísimo no es que sea precisamente el no va más, pero en fin..., dentro de esas coordenadas nos movíamos. Sea como fuera, Dios era presentado de ese modo y a la pregunta: *¿para qué fin nos ha creado Dios?*, la respuesta -que nos dejaba un tanto congelados- era que Dios nos ha creado para conocerlo, amarlo y servirlo: o sea, el egoísmo total. ¡Una divinidad que crea la humanidad entera para ser conocido, amado y sobre todo para ser servido!...

Era una imagen difundida por doquier -tanto cuanto es dilatada la imagen de Dios-, una imagen en realidad, de un enorme egoísmo: un Dios que crea la humanidad para que los hombres le sirvan. Es cierto que después se hablaba de la retribución: servirlo en esta vida para después gozar de él en la otra vida, en el paraíso. Pero en los tiempos en que predominaba esta teología, ir al paraíso era una empresa casi imposible. Nadie se ahorra el pasar buenas temporadas en el purgatorio, porque para ir al paraíso era necesario estar en gracia de Dios. Ahora bien, por mucho que las personas se esforzaran por observar todas las reglas y prescripciones, nunca se conseguía estar en gracia de Dios. Y cuando se pensaba estar en gracia, el mero hecho de pensarlo, significaba haber cometido un pecado de orgullo: no habiendo sido humildes, se había perdido la gracia... Era realmente complicado.

Contemplemos ahora por un momento el Dios en quien creían los contemporáneos de Jesús. Veamos cómo se fue formando su imagen, cómo se fue elaborando su concepto de divinidad a partir del dios de los paganos. Todavía hoy, después de más de dos mil años de vigencia del mensaje evangélico, la imagen que muchos cristianos y no cristianos tienen de Dios, es una especie de mezcla confusa entre el Padre de Jesús, el Dios de los hebreos y elementos varios de las divinidades paganas. Todo ello pasado por la batidora indiscriminadamente, con el resultado de esa cosa que llamamos unívocamente Dios. Dios es un nombre común a las divinidades de todas las religiones. Todas las religiones creen en un Dios. Después, cada religión le da un nombre determinado.

En el mundo pagano, la relación con la divinidad no era concebida como trato amoroso. Su pensamiento no concebía la posibilidad de amar a los dioses, y, mucho menos, de ser amados por ellos. Se veía a los dioses como personas extraordinarias que vivían en una condición privilegiada. La inmortalidad –imposible a los hombres- y la felicidad constituían su privilegio.

La tarea de los dioses era vigilar que nadie entre los hombres superase el techo de la felicidad.

Ir más allá del límite fijado haría que los hombres se equipararan, de algún modo, a la condición divina. Cuando las divinidades se apercebían que una persona se acercaba peligrosamente a un cierto nivel de felicidad, le enviaban un castigo.

Habría que interrogarse si esta imagen de la divinidad pagana no se corresponda bastante con la que hoy tienen muchos creyentes y muchos cristianos. Prueba de ello es una frase que a veces dicen las personas, cuando todo les va bien durante un largo periodo de tiempo: «*Sabía que iba a suceder algo, todo discurría demasiado bien*». Esta mentalidad se remonta, pues, a la imagen de los dioses paganos, preocupados por bajar los humos a las personas, a base de infringirles puniciones.

Más tarde, este estado de cosas se agravó ulteriormente en el mundo cristiano, al considerar el castigo como voluntad de Dios, voluntad que se sublimaba, además, con la referencia a la muerte de Jesús en la cruz: “*cada cual tiene la propia cruz*”. Es un Dios que hacía cruces para todos.

Este hecho produjo que en la espiritualidad y en la vida de las personas, determinadas sensaciones o condiciones de vida que constituyen el deseo máximo del hombre, llegasen a ser vividas o percibidas con sospecha. Palabras como felicidad, alegría, placer, creaban suspicacia y preocupación. El hombre, tal como nos ha transmitido una cierta teología medieval, se encuentra encerrado en este valle de lágrimas, esta enorme piscina creada por el Padre eterno, donde cada uno chapotea como puede, con mayor o menor agrado y dificultad.

Por ello, la actitud que se tenía en relación a la divinidad era el temor, nunca el amor. El temor se debía al deseo de evitar los castigos. Por eso, se establecía todo un sistema religioso hecho a base de ritos destinados a aplacar la ira de estos dioses. De ahí la oración de súplica o de clemencia. Jesús advierte a los suyos: “*cuando oréis, no multipliquéis las palabras como los paganos, que creen ser escuchados por la extensión de sus oraciones*”. Y nos preguntamos si las numerosas oraciones de los cristianos no se parezcan un poco a la palabrería hueca de los paganos.

Todavía hoy se oye a veces hablar de personas que, gracias a su santidad, son consideradas los “*pararrayos*” de la iglesia: “*menos mal que están esas personas buenas, esas personas pías que detienen los golpes...*”. Se confunde así el Dios de Jesús con el Júpiter de los Romanos o el Zeus de los Griegos.

Por cuanto se refiere al problema de la existencia del mal, en las religiones paganas lo afrontaban con gran simplicidad: existe un Dios bueno, autor de la vida. El es quien cumple todo el bien. Después, existe también una divinidad malvada, autora del mal y por consiguiente, de la muerte. El problema quedaba así resuelto, digamos que discretamente bien.

Podemos comprobar, pues, cómo algunos rasgos característicos de las divinidades paganas – como el miedo, el celo de los dioses respecto a la felicidad de los hombres, la necesidad de asegurarse su favor, etc- han creado todo un complejo religioso de temor por parte de la persona. Muchos de esos elementos confluyeron en el Dios de Israel, y en consecuencia, lamentablemente, también en el Dios de los cristianos.

Pero, ¿quién es el Dios de Israel?. Para responder a esta cuestión, conviene dejar un poco de lado las imágenes que cierta tradición, o bien, algunos films como “Los diez mandamientos”, nos han ido presentando. De tales imágenes parecería deducirse que Israel desde el principio tuvo todo claro en su relación con Dios, algo así como un conocimiento transparente respecto a la unicidad de Dios y a la transcendencia de sus leyes. ¡No es así en absoluto!. La lectura de la misma Biblia nos permite comprender cómo el camino hacia lo que técnicamente se conoce como “monoteísmo”, o sea, la fe en la unicidad de Dios, no fue para nada un camino sencillo. Fue, de hecho, un proceso bien complejo, y, sobre todo, un proceso largo, que duró toda la historia de Israel.

A través de numerosos conflictos y sobresaltos, se fue avanzando lentamente hacia la adoración de un Dios nacional, un Dios cuyo nombre, sin embargo, era desconocido al pueblo, pues solo una vez al año su nombre podía ser pronunciado por el sumo sacerdote en el templo de Jerusalén. Con el tiempo, se perdió la pronunciación precisa del nombre. El nombre de Dios

estaba compuesto por cuatro consonantes. Un probable sonido de este nombre - aunque no se puede tener certeza plena, solo se habla de forma aproximada-, coincidiría probablemente con el que conocemos: Yahvé.

En Israel se creía, pues, en un Dios nacional. Sin embargo, esta fe no excluía la presencia de otras divinidades, indudablemente menores y más débiles, pero cuya existencia era igualmente aceptada. Provenían, por ejemplo, de la influencia fenicia, asiria y babilonia. Poco a poco, en el curso de la historia del pueblo, se fueron eliminando estos otros dioses, o bien iban quedando sometidos y asumidos en el único Dios que se iba imponiendo.

La misma historia de Israel, como la formulan los textos de la Sagrada Escritura, denuncia el estado de crisis permanente a este respecto. Se producen con gran frecuencia colisiones: se cree en un Dios, el más grande y poderoso, pero no el único dios. Existen muchas otras divinidades, como plasma inequívocamente la lectura del Antiguo Testamento. Por ejemplo, en el segundo libro de los Reyes se lee que, durante el reinado de Manasés (alrededor de siete siglos antes de Cristo) este rey construyó altares a todo el ejército celeste. Recordemos esta expresión porque se refiere al origen de la figura del Dios omnipotente, como más adelante veremos. Conviene detenerse ahora en este Dios de los ejércitos, ¿qué significa el Dios de los ejércitos?

Tenemos al rey Manasés que construye altares a todos los ejércitos del cielo. Pero, ¿qué son los ejércitos del cielo?. Entre el mundo creado y la esfera de Dios, se pensaba que había toda una serie de cielos intermedios poblados por potencias que dominaban y condicionaban la vida de las personas: eran los planetas, el Zodíaco que, con su influencia, el horóscopo, condicionaban la vida de las personas. En el templo de Jerusalén, Manasés hizo construir altares a todo el ejército del cielo – en los dos recintos interiores del templo - y colocó en ellos la imagen de Asherá, que es una imagen escandalosa e inaceptable aun hoy en el mundo hebreo. Veremos en seguida el por qué. A propósito, permitidme un inciso para expresar mi disgusto ante muchas traducciones inexactas de la Biblia. El texto de la Conferencia Episcopal Italiana traduce “palos sagrados” en lugar de Asherá. Cuando uno lee “palos sagrados”, entiende que se trata de trozos de madera (=palos) clavados en el terreno. Nada más lejos de la realidad.

¿Quién es esta Asherá que tiene una importancia fundamental en la historia de Israel?. El Dios de los hebreos, como todas las otras divinidades del mundo oriental, estaba – podríamos decir con una expresión desenfadada – casado felizmente: él era el dios, pero a su lado estaba la diosa, su mujer, que se llama Asherá o bien Astarte, o sea, la divinidad femenina.

Las excavaciones arqueológicas siguen descubriendo hoy en día santuarios en los que junto a la estela de Yahvé, se encuentra la estela de Asherá, su señora. Todo esto, con gran embarazo para los hebreos, a quienes les gusta pensar que la concepción monoteísta de la divinidad fue clara para el pueblo desde siempre. La Biblia, en cambio, nos dice que incluso el gran Salomón siguió a Asherá. Es innegable, pues, que en el curso de los siglos, junto a la veneración dirigida a Dios, en Israel se veneraba también a Asherá. Mediante sucesivas reformas litúrgicas, se intentó ir eliminando progresivamente este culto, de hecho, en el libro del Deuteronomio se lee: “*No colocarás ninguna Asherá junto al altar de Yahvé*”.

Bien, veamos a grandes rasgos cómo era el templo de Jerusalén, para hacernos una idea aproximada. El templo de Jerusalén era el lugar que contenía (en el interior del Sancta Sanctorum, el Santo de los Santos) la presencia de Dios, la gloria de Dios. Partiendo de la descripción solemne y tremenda que hallamos en el segundo Libro de Reyes, podemos concluir que este templo - permitidme la palabra - era un auténtico burdel, en el sentido estricto del término. Estamos aquí en el siglo sexto, la época de la reforma de Josías. En el siglo sexto antes de Cristo, y aún en el siglo primero también, existían toda una serie de creencias, tradiciones, supersticiones, que no son fáciles de extirpar del corazón de la gente.

Se produjo entonces una reforma auspiciada por el rey, que ordenó sacar fuera del templo todos los objetos hechos en honor de Baal. Baal era la divinidad de los Cananeos. En el templo de Jerusalén, junto al santuario que cobijaba la presencia de Dios, donde el mismo Dios era adorado, al lado mismo había altares dedicados a Baal, a Asherá, la mujer de Yahvé y a todo el ejército celeste. Y el autor reprende a quienes ofrecían en el templo incienso a Baal, al sol, a la luna, a los signos del zodiaco y a todo el ejército celeste. Como véis, reaparece con frecuencia la mención del ejército celeste, un tema muy importante para la elaboración del concepto del dios

omnipotente.

Josias hizo conducir fuera las imágenes de Asherá y demolió los prostíbulos sagrados que estaban ubicados en el templo de Jerusalén. Por esto, lo he denominado “burdel”. En el templo de Jerusalén, el lugar más santo de la tierra, a pocos metros del santuario donde se hallaba la presencia de Dios, estaban enclavadas las casas de prostitución, en las que, a través del orgasmo, se garantizaba el éxtasis y la comunión con Dios. En los prostíbulos sagrados, las mujeres tejían velos para Asherá. Josias hizo demoler también las estructuras sobre las que se erguían los sátiros, que estaban colocadas delante de la puerta de Josué. Bien, esta es la situación del Dios de Israel, un Dios que ha de convivir con toda una serie de divinidades de un rango indudablemente inferior al suyo.

¿Cuál será entonces la función de los autores del texto sagrado, de los profetas y de su reforma?. Por una parte, se proponen eliminar estas divinidades inferiores mediante la purificación del rostro de Dios. Y esto, lo harán de dos maneras: primero, a base del sometimiento a Dios de todas estas otras divinidades; segundo, atribuyéndole a Dios las actividades de las mismas.

Veamos en qué consiste el sometimiento a Dios de estas divinidades, porque es importante para comprender ciertas imágenes de Dios. Cuando se leen determinados textos del Antiguo Testamento, uno se desconcierta al constatar la imagen tremenda de Dios que transmiten; esas imágenes no son sino el resultado de la evolución de que estamos hablando. Hemos dicho que en aquella época, el pueblo creía en Dios y en toda una serie de divinidades o semi-divinidades que estaban a su servicio. Por ejemplo, en el primer libro de Samuel, encontramos escrito que Saul estaba siendo aterrorizado por un espíritu malvado que Yahvé le había enviado. Los espíritus malvados no eran autónomos, eran siervos de Dios, de los cuales Dios se servía para castigar –en este caso a Saul- o para poner enemistad entre dos pueblos. Se lee en el libro de los Jueces que Dios mandó un espíritu malvado para enfrentar a Abimelek y al señor de Siquem. La gente cree en el espíritu maligno, pero a fin de evitar que se le considere una divinidad independiente, se dice que está a las órdenes de Dios como instrumento suyo.

Una de las imágenes más desconcertantes de tales semi-divinidades, imagen que deja perplejos a todos los lectores de la Biblia, es la del exterminador, el famoso ángel que en la noche de la liberación pasó casa por casa en Egipto y exterminó a todos los primogénitos de los egipcios hasta el hijo del faraón – hasta aquí podemos estar de acuerdo, pues de mayor habría sido un delincuente como su padre -, e incluso – y esto ya es el colmo de la desgracia – ¡hasta el hijo del esclavo que estaba en prisión!. El ángel hizo realmente estragos. Si Herodes ha pasado a la historia como un feroz criminal por haber acabado con la vida de los niños de Belén (podemos calcular una matanza de unos veinte crios, si la historia fuera cierta), ¡qué decir de este Dios que extermina a todos los varones del imperio más populoso y conocido de la época!

¿Cómo nace este exterminador?. La idea del exterminador nace en el mundo de los pastores, el mundo beduino. Los pastores nómadas no comprendían por qué razón cada año, en ocasión de la transhumancia estival que tenía lugar después del plenilunio de la primavera, gran parte de los corderitos morían a mitad de camino, antes de llegar a la meta. ¿Por qué?. La explicación era fácil: era culpa de un demonio llamado “exterminador” que acababa con ellos. Decidieron entonces sacrificar un cordero a este demonio la noche del plenilunio de primavera, y esparcir la sangre del mismo sobre sus tiendas, de modo que aquella noche, cuando el exterminador veía en una tienda manchas de sangre del cordero que le había sido sacrificado, pasaba de largo. A partir de esta práctica, nacería más tarde la estructura de la noche de Pascua.

Este exterminador no será ya una entidad autónoma, independiente, sino un instrumento del que Dios se valdrá contra los enemigos del propio pueblo: para realizar la matanza de los egipcios, o bien para derrotar –en el año 700- a todo el ejército de Senaquerib. Jerusalén había sido asediada, el ejército de los Asirios rodeaba la ciudad, que se rendía a la evidencia, convencida de tener las horas contadas. Era el atardecer. Sorprendentemente, a la mañana siguiente, el campamento enemigo estaba desierto. Este suceso inesperado que acaeció en la historia de Israel ¿cómo fue interpretado?: “*Tú, Señor, enviaste a tu ángel en tiempos de Ezequías, rey de Judea, y él hizo perecer en el campo de Senaquerib 180.000 hombres*”.

Pero a veces, el exterminador era empleado también contra su mismo pueblo. De hecho, en el primer libro de las Crónicas se lee que Yahvé mandó la peste a Israel y murieron 70.000

israelitas. Finalmente, cuando Yahvé se aburrió ya de tal matanza, ordenó al ángel exterminador: *“ahora ya basta, retira tu mano”*.

Por tanto, aquellos demonios, aquellos seres intermedios que se consideraban autónomos, los autores sagrados los van colocando poco a poco al servicio de Dios. De ahí que las imágenes espeluznantes que encontramos referidas a Dios, se hayan originado en un intento de eliminar todo este politeísmo y creencias en otras divinidades. Otra de las técnicas de purificación, como hemos dicho, es la de atribuir a Dios nombres y actividades de estas divinidades.

Llegamos ahora finalmente a desmenuzar cómo nació el concepto del Dios omnipotente. En la Biblia hebrea, la palabra *omnipotente* no existe, se encuentra solo en la traducción latina que hizo Jerónimo. Bajo encargo del papa de la época, Dámaso, Jerónimo fue el primero que tradujo la Biblia hebrea a la lengua latina. Un trabajo colosal, extraordinario, pero no ausente – inevitablemente- de errores y de interpretaciones equivocadas. Hay dos nombres atribuidos a Dios que Jerónimo no sabía cómo traducir. No sabiendo cómo hincarles el diente, tradujo ambos –a pesar de que eran completamente diferentes- con el mismo término latino *“omnipotens”*, nuestro omnipotente.

La idea de un Dios omnipotente - puede parecer paradójico, pero es así – nace debido a un error de traducción. Los términos que fueron traducidos por omnipotente eran *“zebaot”*, es decir, ejércitos, palabra con la que no se entiende la armada militar, sino toda la milicia de los cielos. El cosmos era considerado animado. Entre Dios y el hombre se interponían potencias angélicas o demoníacas, divididas según el poder que ostentaban. Una de éstas era llamada *“el ejército del cielo”*, o sea, todo el conjunto de los planetas, de los astros, que no eran considerados todavía materia, sino seres vivientes que influían y condicionaban la vida de las personas. Todavía hoy muchas personas creen en la influencia de los astros y en el horóscopo. Podemos constatar qué difícil es desenraizar ciertas creencias y supersticiones.

Por ejemplo, en el libro del Deuteronomio se lee *“Para que cuando alces los ojos al cielo y veas el sol, la luna y las estrellas, todo el ejército del cielo, tú no seas arrastrado a postrarte ante ellos y a servirlos”*. El ejército del cielo era, pues, una divinidad que el pueblo hebreo adoraba. Para evitarlo, le viene atribuido a Dios este título. Yahve es el Dios - el término hebreo es *“zebaot”* – de los ejércitos.

No obstante, la pretensión de atribuir a Dios la jefatura sobre los ejércitos termina en fracaso, como hace comprender el hecho de que el apóstol Pablo en sus epístolas –y ya habían pasado varios siglos- se vea obligado a combatir contra esta creencia. Hay una serie estereotipada de varios nombres que todos seguramente recordaremos, porque hace años se aprendían en el catecismo: Tronos, Principados, Fuerzas, Dominaciones y Potestades. ¿Qué son estos Principados, Fuerzas, Tronos, etc?. Eran los planetas, fuerzas, potencias del cielo que condicionaban la vida de los creyentes. Se pensaba que a su llegada, el Mesías eliminaría a todas estas potencias.

En el libro del profeta Isaías está escrito: *“En aquel día, Yahvé castigará desde su altura el ejército de allá arriba”*. He aquí por qué cuando Jesús –y esto es importante para no tergiversar el sentido de su mensaje- dice que el sol se oscurecerá, que la luna no alumbrará más, que las estrellas caerán del cielo y las potencias que están en los cielos serán turbadas-, no está planteando una catástrofe cósmica, eso que a muchos les gusta llamar *“fin del mundo”* (término que, a propósito, brilla por su ausencia en los evangelios; en los evangelios no se habla nunca del fin del mundo), sino algo bien distinto.

Cuando Jesús anuncia que el sol se oscurece, que la luna no luce más y que las estrellas comenzarán a caer una tras otra, ¿a qué se refiere?. Se refiere precisamente a estas potencias que están en los cielos. Eran las potencias que legitimaban todas las formas de poder. Jesús está diciendo que cuando se anuncie la buena noticia –que permitirá gustar a las personas la luz del Dios verdadero-, esta luz hará eclipsar todo el resto de divinidades. El sol que se oscurece no tiene nada que ver con un fenómeno cósmico, no se trata de que el sol no alumbré más. El sol era considerado una divinidad, un dios. La luz del mensaje de Jesús, con el rostro del dios verdadero, oscurecerá al falso dios sol. Y así también, por idéntica razón, la luna no dará más su

luz. Y ¿por qué dice que las estrellas comenzarán a caer del cielo?. Porque con el término “*estrella*” se indicaba a los poderosos. Como veis, el lenguaje ha permanecido sin cambios: todavía hoy hablamos de una estrella del espectáculo, de la política, del deporte etc. Se refiere a los grandes, es el mismo concepto.

Todos los príncipes, reyes, emperadores, estaban convencidos de poseer la condición divina o la autoridad divina. El lenguaje simbólico de la época los colocaba en lo alto de los cielos, allí donde residía Dios. Cuando comienzan a oscurecerse las falsas divinidades en las que el pueblo cree, entonces, se puede decir de manera simbólica que las estrellas empiezan a precipitarse.

La imagen que Jesús emplea, pues, no es para nada presagio de catástrofe, al contrario, es una imagen positiva que reclama, por otro lado, la cooperación de los hombres. En la medida en que los hombres son capaces de hacer brillar el rostro del verdadero Dios, en esa medida precisamente las falsas divinidades se derrumbarán una tras otra, aunque hay que tener en cuenta que las falsas divinidades se reciclan, cambia su nombre pero siguen existiendo. Y aquellos que determinaban su poder en base a la falsa divinidad, pierden su poder y comienzan a caer. No es un anuncio de una catástrofe que temer, sino un acontecimiento positivo cuyo desenlace hay que acelerar. De nosotros depende. En la proporción que permitimos que luzca el rostro del Dios verdadero, las divinidades falsas retrocederán, se oscurecerá su resplandor efímero y caerán inexorablemente los que fundamentan en ellas su poder.

Uno de estos términos, hemos visto, es *zebaot*, o sea, ejércitos, que Jerónimo traduce por “omnipotente”. En el texto griego – recordad que el Antiguo Testamento fue escrito en lengua hebrea, y fue traducido al griego unos ciento cincuenta años antes de Cristo – existe la palabra – ésta sí se halla en el Nuevo Testamento – “*pantokrator*” que no significa omnipotente, sino “*Señor de todas las cosas*”. Una vez que Dios ha sometido a las milicias de los cielos, he aquí que se ha convertido en Señor del cielo y también de la tierra. Por tanto, el término “*pantokrator*”, con el que los traductores tradujeron este término hebreo, quiere decir que Dios es el Señor de todo. Es Señor de la tierra, pero igualmente lo es del cielo. Jerónimo tradujo este término con “*omnipotente*”.

El otro término, aun más oscuro, es el hebreo “*Shaddai*”. En hebreo *shaddai* proviene de una raíz que significa “*montañero*”, o bien campestre. ¿Cuál es el significado de este término?. *Shaddai* era una divinidad de las montañas que los autores del texto sacro eliminaron, atribuyendo este nombre al Dios de Israel. Así pues, Dios se convirtió en Dios *Shaddai*, en otras palabras, el Dios cuyo poder engloba también las montañas. Pues bien, Jerónimo, no sabiendo cómo traducir esta palabra, tradujo de nuevo con omnipotente. La imagen de Dios omnipotente, por consiguiente, nace en la Biblia hebrea traducida en lengua latina, debido a una interpretación inexacta o equivocada de Jerónimo, porque el concepto mismo de omnipotencia no existía. Existía el concepto de señorío: el Señor es soberano de todo, pero no omnipotente.

En una religiosidad primitiva, el hombre tendía a proyectar en la figura de la divinidad sus miedos, sus temores, sus deseos de poder y sus frustraciones, por lo que la imagen que se tenía de Dios en el mundo hebreo, con toda esta contaminación de cultos paganos, era la de un Dios que castigaba severamente a las personas, un Dios que reclamaba sacrificios.

Los autores de la Sagrada Escritura realizan un hábil trabajo editorial para presentar narraciones en las que van afirmando los principios que constituirán el humus, el contexto vital dentro del cual Jesús más tarde presentará su mensaje: es decir, que Dios no castiga, no exige ningún tipo de sacrificio. Mañana lo veremos con mayor detenimiento.

Desgranemos ahora, antes de terminar la primera parte, el problema que surge en torno a la figura del Dios que no castiga. En la segunda parte – en la que dejaremos espacio para vuestras intervenciones– analizaremos un episodio desconcertante, realmente escandaloso, que hallamos en el libro del Génesis: Dios que reclama a Abram, ese anciano que por fin ha tenido un hijo al que ama de corazón, que se deshaga de su primogénito. Es ésta una de las páginas más desconcertantes de toda la Biblia.

Hemos dicho que el Señor no castiga. Para el hombre de la Biblia, todo fenómeno atmosférico,

como la luz del sol, la lluvia, los rayos, todos eran manifestaciones de Dios. Era Dios quien mandaba la lluvia y Dios quien la retenía. Leemos en el profeta Amós 4,7 estas palabras: “*Os he cerrado la lluvia a tres meses todavía de la siega*” - es un Dios sádico, que ha esperado el momento exacto para retirarles la lluvia, “*he hecho llover sobre una ciudad y sobre otra ciudad no he hecho llover; una parte del campo recibía lluvia y otra parcela, falta de lluvia, se secaba*”. Como vemos, se pensaba que el poder de Dios comprendía también la potestad de derramar la lluvia en un sitio, y no dejarla caer en otro.

Estas imágenes se transfirieron también a la espiritualidad cristiana. Tal vez recordéis la ceremonia de las rogativas. Son oraciones particulares para suplicarle a Dios el don de la lluvia. Es la idea de un Dios que puede hacer llover. Según esa mentalidad, si se reza con insistencia, Dios se compadece y hace descender el agua. Hoy día, es suficiente comprobar las previsiones meteorológicas, sin necesidad de rezar. Son éstas imágenes de las divinidades del pasado que se transfieren luego al Dios de Israel y, sucesivamente, le son atribuidas incluso a Jesús.

Todo cuanto sucedía, pues, era considerado fruto de la acción de Dios. En este transfondo, el autor sagrado pretende hacer comprender que todos estos fenómenos acontecen de acuerdo con leyes de la naturaleza, en las que no tiene nada que ver la ira de Dios. Uno de los relatos que permiten comprender esto –relatos que por desgracia solemos leer solo a medias, cuando en realidad sería necesario leerlos enteros- es la narración conocida como el “*diluvio universal*”. En ella, nos hallamos frente a un Dios que es presentado como un ser un tanto neurótico, porque crea la humanidad, pero no le agrada, comprende que se ha equivocado, así que decide anularla de un plumazo. A uno le vienen ganas de decirle: «*ya que la has creado tú, podrías haberla hecho un poco mejor. Ya que tú lo eres todo, lo puedes todo, lo haces todo, si a los hombres les hubieras dado una tendencia más diáfana hacia el bien, tal vez no tendrías ahora que lamentarte de nada*»..

Pero la narración del diluvio universal no pone el acento en la ira de Dios que castiga la humanidad; lo que el autor quiere decir es exactamente lo contrario: Dios no castiga. De hecho, cuando finaliza el relato, Dios dice: “*Ningún viviente será destruido ya por las aguas del diluvio, ni el diluvio devastará la tierra*”.

Los fenómenos atmosféricos que suceden no son imputables a Dios, suponen una confirmación de la veracidad de sus declaraciones (Dios dice: «*no se castigará más a la humanidad haga lo que haga, no será castigada ya más*»), y dice: “*depongo mi arco sobre las nubes*”. El arco de Dios era el instrumento con el que lanzaba las saetas, o sea, los castigos. Es Dios quien depone las armas. Es la conocida imagen del arco iris: “*será la señal de la alianza entre mi y la tierra*”. Es una imagen muy hermosa, y por lo demás muy actual, porque el instrumento que servía para lanzar las flechas y castigar a los hombres, es depuesto definitivamente por Dios. Dios depone las armas: «*mi arco miradlo allá arriba, ya no lo empleo más*»..

El arco del Señor no servirá ya para castigar a las personas, será señal de la alianza a la que Dios siempre permanecerá fiel. ¿Qué quiere decir el autor?. Su tesis es que Dios no castiga. Las sequías, las inundaciones etc, no provienen de Dios. Jesús, más tarde, se situará en línea de continuidad con este mismo enfoque y espíritu. En la segunda parte del encuentro de hoy descubriremos la figura del Dios que rechaza los sacrificios.

Segunda parte

En los textos sagrados, los profetas inician un proceso de purificación de la imagen de Dios, eliminando gradualmente todas esas escorias que provenían de las divinidades paganas, como por ejemplo, la idea del dios que castiga. Los autores sagrados desean hacer comprender que Dios no castiga. Jesús después se posicionará en esta misma dirección. De hecho, el Dios que Jesús anuncia no es un Dios bueno, sino un Dios exclusivamente bueno. Mientras los dioses de la religión, o el dios de la religión, es un dios que premia a los buenos y castiga a los malvados, el Dios de Jesús es un Dios que se relaciona con las personas única y exclusivamente desde el amor, independientemente de la conducta y de los comportamientos de los seres humanos.

Este anuncio tuvo un impacto inaudito. Sin embargo, esta novedad de Jesús – repito, no el anuncio de un Dios bueno, sino de un Dios exclusivamente bueno-, llega a los cristianos con

dificultad, porque parece que a los cristianos les gusta la idea de un Dios justiciero, de un Dios vengativo, consecuencia y fruto de una cierta espiritualidad propia del pasado.

Hasta la época del Concilio, en el acto de dolor que se solía hacer antes de acercarse al sacramento de la penitencia, repetíamos: *“He merecido tus castigos”*, de nuevo aparece la imagen del castigo de Dios. Jamás en los evangelios habla Jesús de castigo de Dios. Jesús es exclusivamente amor. Quien cree en el castigo de Dios, quien teme a Dios, es una persona que mutila su existencia y no crece.

Conocemos el episodio de la parábola de los talentos. El que entierra el talento, ¿por qué lo hace?. Se justifica diciendo: *«Sabía que eres un jefe exigente, que recoge donde no has sembrado y por eso he escondido todo esto para devolvértelo íntegramente»*.. Pero leyendo la parábola, se entiende bien a las claras que el personaje en cuestión no solo es generoso, es escandalosamente generoso: regala todos sus bienes a sus dependientes y no quiere que le sean devueltos.

La imagen de un Dios que castiga no permite que crezcan las personas, porque las personas quedan siempre apocadas, acurrucadas con temor bajo el manto de este Dios objeto de temor. Es la tragedia de muchas personas que no han crecido, que no se han desarrollado por miedo del castigo de Dios. Personas que pensaban que ciertas componentes de sus existencias no eran gratas a Dios y las sofocaron, reprimiendo su propia existencia, precisamente por temor de no gustarle. Son personas que cuando lleguen ante Dios y Dios les pregunte: *“¿Qué has hecho de tu vida?”*.. Responderán: *«Aquí la tienes, toda bien conservada. La he reprimido por temor»*.. Y Dios dirá, *“¿de qué tenías miedo?, ¿pero, cómo se te ha ocurrido pensar así?”* .

Jesús, en el episodio de la purificación del leproso, reprocha esta actitud y mentalidad. Conocéis todos el episodio del leproso. El leproso era la imagen del hombre castigado por Dios, y Jesús lo purifica, lo libera de la enfermedad. Pero, una vez que lo ha sanado, le echa en cara su forma de pensar: *«Pero ¿cómo has podido creer que Dios te hubiera castigado, cómo has podido creer que tu relación de comunión con Dios hubiera quedado interrumpida?»*.. El Dios de Jesús es un Dios que no discrimina a las personas por su conducta, o bien por su comportamiento, es un Dios que a todos dirige su amor. El leproso, en aquella época, era considerado una persona castigada por Dios a causa de determinados pecados graves. Jesús corrige esa idea: *«Dios no discrimina a nadie, Dios no margina a nadie»*.. No hay nadie que por su conducta - aunque para la religión o para la moral pueda parecer pecaminosa o escandalosa – pueda ser alejada del amor de Dios.

La idea del Dios que desconoce el castigo, la retoma después Jesús cuando presenta el amor incondicionado de Dios que es ofrecido a todos, con independencia de los comportamientos.

Otra característica propia de las divinidades paganas es la del sacrificio. Dios exige sacrificios y, en particular en el mundo pagano, - también en el mundo hebreo – exige sacrificio de personas, sacrificios humanos. Por la lectura de los evangelios todos conocéis el nombre de *“Gehenna”*. Es un valle que existe aún hoy en Jerusalén, al sur del templo. En él, el pueblo solía sacrificar niños a una divinidad fenicia, el Dios Moloch. Había una especie de hornos crematorios donde la vida de los niños era ofrecida en sacrificio.

En aquella época, el niño carecía de importancia, a nivel social no tenía apenas consideración. Por ello, era una praxis habitual sacrificarlo a la divinidad para solicitar su protección, por ejemplo, antes de edificar una casa. Se depositaba un crío en los cimientos de la misma, o bien se hacía la ofrenda antes de emprender un viaje al extranjero etc, en suma, antes de afrontar algún acontecimiento de mucho relieve.

Para impedir actos como estos en una cultura en la que la vida de los niños no contaba nada – conocemos un proverbio del Talmud que dice: *“la uña del padre es más importante que el estómago del hijo”*, y de hecho, la mortalidad infantil era altísima –, para poner fin a esta masacre, el autor sagrado refiere en el libro del Génesis la narración de Abram e Isaac, relato que por desgracia – la responsabilidad recae en los traductores – aparece contradictorio, pues presenta la figura de Dios de un modo tal que verdaderamente produce pánico.

Hemos hecho alusión antes: el anciano Abram ha tenido finalmente un hijo en la senectud y lo

quiere con todo su ser. Dios ve que Abram se ha encariñado de su hijo y le dice: «*Te gusta, eh, se ve que lo quieres; bien, pues, acaba con su vida, ¡ofrécemelo!*».. Todos conocemos la escena. Abram ata al hijo y cuando está a punto de asestarle el golpe definitivo, llega Dios y le dice: «*Déjalo, hombre, que estaba solo bromeando*».. Lo he expresado de forma un tanto cómica para haceros comprender lo absurdo de un relato de este tipo. Primero le dice que mate al hijo, después se lo impide en el último momento...Las explicaciones que se suelen dar al respecto son realmente aberrantes, terroríficas: se trataría de una prueba de fe, es necesario estar siempre dispuestos a sacrificar lo más querido, etc.

El autor del texto, sin embargo, está intentando transmitir precisamente el mensaje opuesto: las divinidades paganas quieren sacrificios, exigen sacrificios incluso humanos, pero nuestro Dios, el Dios de Israel no los quiere. El autor conduce su argumentación jugando con dos nombres. El Dios que reclama a Abram el sacrificio del hijo, viene denominado *Elohim* en el texto del Génesis; «*Elohim sometió a prueba a Abram*». Elohim es el nombre común de las divinidades, incluidas las paganas.

Abram, entonces, para mostrar su adhesión al designio extraordinario de Dios que le ha sido propuesto, piensa que debe ofrecer en sacrificio a su único hijo porque Elohim, o sea, los dioses, así lo han exigido. Cuando se dispone a cumplir la orden, quien se lo impide no es Elohim, el texto precisa que quien interviene es el ángel de *Yahve*, o el «*Angel del Señor*».

Cuando en la Biblia leemos «Angel del Señor», no se entiende nunca un ángel que el Señor envía, se refiere a Dios mismo cuando entra en contacto con la humanidad. El Dios que impide el sacrificio no es el Elohim que se lo ha reclamado – sería incongruente y absurdo- sino el Dios de Israel: Yahvé.

¿Qué pretende decir el autor sagrado?. Desea enseñar que mientras en los pueblos vecinos y en el mundo pagano se aceptan y se exigen sacrificios humanos, en Israel no es así. El Dios de Israel no los desea. Y si el Dios más grande –que es Yahvé- no los reclama, mucho menos los puede exigir una divinidad inferior como Moloch.

Como véis, se trata de procesos graduales de purificación del rostro de Dios. Primero se indica que no quiere sacrificios humanos. A continuación, se dará otro paso, para afirmar que Dios no desea sacrificios en absoluto.

El profeta Oseas, por vez primera, usa una expresión de gran transcendencia, hasta el punto que Jesús la hace suya y la cita en dos ocasiones: «Porque quiero amor y no sacrificios», el conocimiento de Dios más que holocaustos.

El hombre estaba convencido de que era su obligación ofrecerle cosas a Dios con el fin de asegurarse su benevolencia; en otras palabras, tenía que comprar este amor de Dios pagando un precio. En el periodo pre-conciliar se hablaba de las «florejillas» (fioretti: ramillete de acciones virtuosas que presentar al Señor). Nos privábamos de algo para tener contento a Dios. Y cuanto más sacrificio nos costaba, más contento estaba Dios, pensábamos.

Hacíamos algunas penitencias y sacrificios añadidos, convencidos como estábamos que de ese modo crecía el agrado y la satisfacción de Dios en relación a nosotros. Esta mentalidad aún persiste hoy en día. Hay personas extraordinarias, de gran generosidad, pero que, si no hacen las cosas con gran sacrificio, consideran que no han hecho nada. Hay personas formidables que dedican su vida al servicio y cuidado de los enfermos en los hospitales, pero a veces se preguntan desoladas y llenas de preocupación si cuanto hacen tendrá algún valor a los ojos del Señor, puesto que ¡servir a los enfermos no supone para ellos ningún un sacrificio!. Mi respuesta es siempre: «*Ponte unos zapatos que te queden estrechos, y haz las mismas cosas con sacrificio...*».. Estamos también aquí ante una mentalidad pagana: si las cosas no se hacen con sacrificio, no valen nada.

Oseas atribuye a Dios estas palabras: «*Quiero amor*» – y amor ciertamente no para él, sino dirigido a las personas– «*y no sacrificios*». Jesús participa plenamente de esta corriente de pensamiento y la conducirá a su máximo apogeo, hasta las últimas consecuencias: Dios no solo no desea sacrificios, es más, no desea ningún tipo de culto. Esta es la gran novedad que mañana analizaremos.

El hombre pagano, el hombre de las religiones y el hombre hebreo había crecido con la idea de tener que ofrecerle a Dios los días mejores de su vida, las mejores cabezas de ganado, lo mejor que poseía, todo cuanto era, a través del culto. Una de las primeras acciones que obra Jesús es precisamente la eliminación del culto. Por primera vez en la historia de las religiones aparece un Dios como el presentado por Jesús, un Dios que no exige nada a los hombres, un Dios que lo entrega todo.

Ofrecer cosas a Dios es inútil, porque Dios no pide nada. Los evangelistas presentan el episodio de Jesús que expulsa a los vendedores y mercaderes del templo. A veces, este episodio se interpreta moralísticamente diciendo que el templo estaba corrompido, que había perdido sus señas de identidad, por lo que Jesús se dedica a poner las cosas en orden, y por ello expulsa a los corruptores. ¡No es cierto!. Jesús expulsa, ciertamente, a los vendedores, pero no solo: los compradores no corren mejor suerte. Lo que Jesús desea impedir no es el comercio, sino el culto, porque el Dios de Jesús no reclama nada de los hombres. Es un Dios que dona todo. Jesús, expulsando a vendedores y compradores, pretende poner fin a este culto que forzaba a los hombres a desprenderse de cosas propias para ofrecérselas a Dios. Para él, este sistema era inaceptable, porque tergiversaba los fundamentos de la relación del hombre con Dios.

El hombre no necesita desprenderse del pan para ofrecerlo a Dios, es Dios quien se hace pan a fin de ofrecerse, él mismo, a los hombres. Es éste el Dios que Jesús presenta en los distintos episodios evangélicos. Veamos, por ejemplo, la narración que encontramos en el capítulo doce de Marcos, un episodio que normalmente es interpretado exactamente en el sentido opuesto que tiene para el evangelista.

En Marcos 12,38 Jesús descalifica agriamente a los escribas, que eran los teólogos oficiales del tiempo: *“Guardaos de los escribas, que gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes. Devoran la hacienda de las viudas”*. Por viuda no se entiende tanto una persona que ha perdido a su marido, su imagen representa, más bien, a todos aquellos que carecen de un punto de apoyo. Viuda, huérfano, extranjero, son todas las personas débiles, que no tienen un hombre que les defienda. Los escribas devoran -es interesante este trozo-, con la excusa de Dios, devoran la hacienda de las viudas *“so capa de largas oraciones”*.

Justo a continuación se encuentra el párrafo importante al que me refiero, una enseñanza que es interpretada del modo exactamente contrario a su significado: *“Sentado frente al arca del tesoro, observaba cómo la gente iba echando monedas en el arca” (Mc 12,41)*.

En el templo de Jerusalén tenía su sede la institución bancaria más poderosa de todo el Medio Oriente: el banco de Israel. Por superstición religiosa, las personas creían que ningún ladrón se atrevería jamás a robar en el templo, porque allí estaba la presencia de Dios. Cuando el ejército romano bajo el mando de Tito conquistó la ciudad y saqueó las arcas del tesoro, se apoderó de una cantidad de oro tan enorme que, como consecuencia, el precio del metal precioso disminuyó más de la mitad en toda Siria.

“Muchos ricos echaban mucho. Llegó también una pobre viuda y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte del as”. Esto es algo inaudito. En el libro del Deuteronomio se prescribe que las viudas sean mantenidas y ayudadas con los ingresos derivados de las ofrendas del templo. Aquí sucede lo contrario. Es una viuda la que se desangra para mantener el templo. Le han hecho creer que Dios así lo quiere, que Dios reclama sus ofrendas. No es el templo el que mantiene a la viuda – esto sí era la voluntad de Dios -, sino que es la viuda la que mantiene el templo.

“Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado” – no en el templo – *“en las arcas del tesoro”* - la viuda alimenta, pues, al vampiro que la está desangrando – *“más que todos los demás. Pues todos han echado de lo que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado lo que necesitaba, todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir” (Mc 12,43-44)*.

No es un elogio de esta mujer lo que hace Jesús, se trata de un lamento amargo. ¿De quién es la culpa?. Esta paradoja es un fruto de la teología de los escribas, una consecuencia de su doctrina.

Los escribas son insaciables, con tal de engordar sus bolsillos arrasan con todo, pisotean incluso a las viudas. Las han convencido de que deben entregar todo cuanto tienen para el templo.

Por desgracia, el episodio se suele leer solo hasta aquí. Pero el resto no tiene desperdicio: “*Mientras salía del templo, un discípulo le dijo: «Maestro,»* – en el original griego al discípulo se le llena aquí la boca de admiración; en castellano sería ‘fíjate qué piedras’, pero en griego la idea de admiración la transmite un sonido; dice: *potatoi olitoi*, escuchad po-ta-to-i o-li-to-i; se llena la boca!– “*¡mira qué piedras y qué construcciones!*». *Jesús le respondió: «¿Ves estas grandes construcciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea destruída»*” (Mc 13,1-2).

En suma, Jesús considera que el templo, símbolo de este vampiro que desangra a las personas en vez de mantenerlas, deberá desaparecer, porque es fruto y consecuencia de la mentalidad y de la enseñanza depravada de los escribas: el pueblo está siendo desangrado, se le priva de la vida. Jesús no postula solo acabar con las ofrendas a Dios, quiere además eliminar cualquier forma de culto que prive al hombre de su dignidad y bienestar. El Dios de Jesús no pide nada a los hombres, es él quien se dona totalmente.

Finalizamos de este modo la exposición de esta tarde, y ahora dejamos espacio abundante para vuestras preguntas. Permitidme primero anticipar el argumento de mañana: centraremos nuestra atención en la figura de Jesús, partiendo de una afirmación radical y categórica, que encontramos en el prólogo del evangelio de Juan “*a Dios nadie lo ha visto nunca, solo Jesús es su explicación*”. Todas las imágenes de Dios que nos han sido presentadas constituyen imágenes parciales, y a veces falsas. Todo lo que se puede ver y decir sobre Dios, se manifiesta en Jesús.

Recuerdo la famosa solicitud que Felipe hizo a Jesús: “*Muéstranos al Padre y nos basta*”. Y Jesús le dirá: “*Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*”. ¿Qué quiere decir?. Quiere decir que no es que Jesús sea como Dios, sino que Dios es como Jesús. Nuestra atención estará, pues, fija en la persona de Jesús. Cuanto más descubramos y entendamos su figura, más y mejor comprenderemos y descubriremos quién es el Padre: un Dios nuevo y desconcertante hasta un punto tal que Jesús será precisamente asesinado en nombre de este Dios.

El Dios que Jesús presenta es inaceptable porque pone en crisis todas las tradiciones religiosas, así como los vínculos sociales, civiles y militares. Es un Dios de una energía increíble que no puede ser contenida, una energía que transformará toda la sociedad. Es un Dios omnipotente, pero con un nuevo tipo de omnipotencia: la del amor, única y exclusivamente. Y Jesús, precisamente para ser fiel a esta imagen de Dios, perderá la vida.

Pregunta(no se escucha con precisión)

Respuesta. Es una pregunta sabia y muy adecuada. La idea de un Dios que escoja un pueblo elegido, un pueblo privilegiado y que, para dejar espacio a este pueblo, acabe cruelmente con todos los otros pueblos, resulta del todo inaceptable. Ciertos textos del Antiguo Testamento expresan dicha mentalidad: “*Vete para allá y masácralos a todos, que yo los pondré en tus manos*”. En una ocasión, tras una batalla, Moisés dejó con vida a mujeres y niños; Dios se enfurece tremendamente y dice: “*Mira que si no acabas con ellos, acabo yo contigo*”.

Esta es la idea del Dios conquistador. Una idea ante la que los profetas protestan airadamente. Ellos, que son la verdadera voz de Dios, dicen: “¿pero vosotros de verdad pensáis que sois un pueblo especial?. Mirad, aquello que he hecho por vosotros, lo he hecho también con todos los otros pueblos”.

Los enemigos acérrimos de ayer, y también de hoy, eran los Filisteos. La palabra Palestina deriva de Filistea. Los Palestinos son los Filisteos, eran los pueblos que habitaban en la zona costera, la zona del mar, mientras que los hebreos habitaban la zona montañosa. Entre estos dos pueblos siempre ha habido un conflicto. Dios dice: “como os he liberado de los Egipcios, de igual modo he liberado a los Filisteos. Mi pueblo bendito” – dice Dios – “son los Egipcios” y cita otras naciones de la época. Dios ama a todos los pueblos, Dios no escoge ningún pueblo. No existe un pueblo elegido.

La historia del pueblo de Israel muestra un camino progresivo, no exento de dificultades, un proceso a través del cual elabora poco a poco esta idea extraordinaria de un Dios único, el Dios de Israel. Este pueblo fue capaz de llegar a elaborar esta idea. Esa es su prerrogativa. Pero Dios

no ha escogido a este pueblo para dominar a todos los otros pueblos, como el nacionalismo y ciertas predicaciones les hacían creer.

¿Por qué Dios, en un momento dado, hizo un pacto con este pueblo?. A este respecto no hay dudas: Dios hizo efectivamente un pacto con este pueblo. Dios dijo: «Yo os ofrezco mis leyes. Si las ponéis en práctica, los pueblos del entorno, viendo la santidad de vuestra vida, viendo vuestra justicia y sobre todo, viendo que entre vosotros no hay ningún necesitado –éste es el aspecto crucial- llegarán a convencerse de que el Dios de Israel es el Dios verdadero».”.

Dios hizo un pacto con este pueblo, a fin de que su santidad resplandeciese hasta iluminar a los otros pueblos. La prueba máxima de que un pueblo adora al Dios verdadero es que no exista en su seno ningún necesitado.

Ahora bien, ¿qué sucedió en la historia de Israel?. A pesar del pacto, este pueblo demostró ser como todos los otros: en su seno abundaban las injusticias, los robos, la opresión, con el agravante, además, de que dicha opresión era ejercitada en nombre de Dios.

He aquí por qué Jesús, a su llegada, anuncia: “*El tiempo se ha cumplido. Mostrad el fruto de esta alianza*”. Pero los frutos son como hojas de olivo que esconden la esterilidad absoluta. Son, por ejemplo, el templo de Jerusalén, grandes liturgias, ritos fastuosos, pero todo ello esconde la ausencia de vida. Jesús recordará que la única característica, la única garantía de que una comunidad vive en la atmósfera de Dios y tiene a Jesús en su centro, es que “*Entre vosotros no haya ningún necesitado*”, como expresa la voluntad de Dios en el Antiguo Testamento.

En los Hechos de los Apóstoles se lee: “*La primitiva comunidad daba testimonio con fuerza de la resurrección de Cristo porque no había entre ellos ningún necesitado*”. Una comunidad donde no hay ningún necesitado es la única prueba, la única garantía de que allí está el verdadero Dios. En una comunidad donde hay necesitados, en su seno no se encuentra el Dios verdadero.

Jesús retomará esta imagen, no la de un pueblo elegido que debe dominar a los otros pueblos, sino un pueblo que se pondrá al servicio de los otros. Esto supone una convulsión total. Si lees la tercera parte del profeta Isaías, el autor, en un delirio de omnipotencia, dice: “*Veo filas y filas de dromedarios que portan riquezas a Jerusalén. Los príncipes paganos serán nuestros jardineros, las princesas paganas serán nuestras siervas*”, o sea, el concepto y la imagen de Israel que iba a dominar todo el mundo. En cambio, llega Jesús y dice: “pero ¿de qué dominio habláis?. ¡Somos nosotros los que nos debemos poner al servicio de todos los otros!!!”.

Pregunta He quedado muy impresionado por la lectura de este pequeño librito de Hans Jonas (El concepto de Dios después de Auschwitz ,1987), filósofo hebreo, que niega la omnipotencia de Dios. Si Dios ha permitido el hecho de Auschwitz, por partida doble no puede estar en condiciones de colmar el absoluto. No creo que hasta ahora haya habido nada peor que Auschwitz, ¿cómo se puede obviar el problema de la omnipotencia?.

Respuesta. Los textos de la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, aunque contienen indudablemente elementos históricos, no son historia. Son libros de teología, quieren dar indicaciones teológicas, aunque contienen en sus páginas elementos históricos, y lo hacen según las técnicas literarias y las técnicas gramaticales de la época. Es necesario estar atentos cuando se lee un texto para ver aquello que el autor quiere decir - y esto puede ser válido también hoy -, más allá de cómo lo dice.

Muchas de las descripciones que encontramos en el Antiguo Testamento son epopeyas. La epopeya es una narración en la que los elementos históricos quedan relegados a un segundo plano. Tomemos una imagen que a todos nos produce horror: el Dios de Israel ordena masacrar un pueblo entero o incluso una nación entera. ¿Pero es posible que Dios hubiese dado esta orden?. ¿Es posible que en aquella época fuesen tan feroces?. Después va uno a comprobar los datos a través de la arqueología –el otro gran libro que ayuda a entender la Biblia-, y comprende que esa descripción es una simple epopeya.

¿Quién de nosotros no ha leído, o quizás no ha visto en un film, el relato de la entrada de Josué en Jericó, la primera ciudad fortificada que encuentra el pueblo peregrino saliendo del desierto?.

¿Cómo hacen para conquistarla?. Muy simple: dan siete vueltas en procesión en torno a la ciudad y las murallas se derriban con estrépito, sepultando a todos sus habitantes... La arqueología, en cambio, nos demuestra que cuando Josué llegó a aquella región, hacía ya siglos –tal vez incluso un milenio- que la ciudad había dejado de existir.

Es necesario comprender lo que pretende decir el autor y cómo lo hace. Ciertas descripciones espeluznantes de masacres, exterminios, matanzas, etc nunca tuvieron lugar. ¿De verdad pensáis que para liberar a un pueblo de beduinos de las manos de los egipcios, Dios pudiera masacrar a todos los primogénitos varones de Egipto?. Sería para tener pánico de un Dios tan cruel. La arqueología, los documentos de la época, nos indican que los hebreos nunca fueron esclavos en Egipto. Se deduce, por consiguiente, que tampoco fueron nunca liberados.

Entonces, los relatos del éxodo, la liberación de la esclavitud, ¿de qué se trata?. ¿Es una invención?. No. Forma parte de la profunda experiencia del pueblo de Israel, que, efectivamente, estuvo prisionero, pero no en la época de Moisés en Egipto, sino durante el periodo de deportación en Babilonia. Cuando un rey iluminado, Ciro, le concede retornar a su país, regresa la enorme caravana de los deportados. A partir de este éxodo, de esta liberación fueron construídas las epopeyas de la historia.

Al aproximarnos a los datos de la Biblia, es necesario siempre redimensionar el contexto literario. Todos los que se acercan por primera vez a Jerusalén quedan sorprendidos al constatar las dimensiones de la Jerusalén del tiempo del rey David, del rey Salomón. ¡Dos hectáreas de tierra!. ¿Esto era Jerusalén: dos hectáreas de tierra con algunos centenares de habitantes?. Leyendo la Biblia parecería que se trata del centro del mundo, y en cambio...

Para responder a la pregunta, pues, hay que decir que las narraciones, especialmente en el Antiguo Testamento, son con frecuencia epopeyas. Los arqueólogos demuestran con datos en la mano que la realidad histórica de Israel inicia hacia el siglo sexto-séptimo a.C., cuando el rey Josías consigue dar unidad a varias tribus de beduinos, e inicia un estilo de vida compacta.

El *sacrificio*. Analizemos un instante las palabras de Jesús en la última cena. Italia es la única nación del mundo en la que, durante el rito de la celebración eucarística, se lee la palabra sacrificio: “Tomó el pan, lo bendijo, lo partió, lo dio a sus discípulos y les dijo: «Tomad y comed. Este es mi cuerpo en sacrificio por vosotros»”. La única nación del mundo en que existe la palabra sacrificio es Italia. El texto oficial de la iglesia católica no es en italiano, sino en latín y en latín nos viene dado. En otras naciones, como Francia, España, Inglaterra, no se habla de sacrificio, sino “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros”.

¿De donde sale este ‘sacrificio’?. En la época de la reforma litúrgica, se enfrentaron - y fue un choque violento - dos facciones: los que llamamos progresistas, que querían darle a todo el conjunto eucarístico el título de ‘cena del Señor’, y los conservadores, que preferían el título de ‘sacrificio de Cristo’.

Como siempre sucede cuando hay dos facciones enfrentadas, se llegó a un compromiso, a un acuerdo pacífico entre ambas: llamémosla “cena del Señor”, pero introduzcamos el ‘sacrificio’. Contamos con cuatro narraciones de la última cena, en el evangelio de Mateo, de Marcos, de Lucas y en la primera carta de Pablo a los Corintios, pero en ninguna de éstas aparece el término sacrificio. El sacrificio, por desgracia, lo tenemos solo en Italia. Esperemos que en la próxima reforma litúrgica desaparezca el sacrificio, pero nunca se sabe...

Pregunta. (Pino) Tú has dicho, y yo asiento totalmente: “Dios es como Jesús nos lo presenta”. En la Biblia se comienza a decir que el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios. Sin embargo, los autores de los textos bíblicos representan a Dios según sus parámetros, como has explicado. Es significativo a este respecto el camino que hace el pueblo hebreo hacia el monoteísmo. Por otra parte, el monoteísmo no es que nazca en el mundo hebreo, se originó más bien en Egipto. He leído que una corriente monoteísta egipcia se vio obligada a huir de Egipto y encontró un terreno fértil en el pueblo de Israel. Y por tanto, surge el monoteísmo - como tú has dicho - para llegar al Dios que Jesús presenta.

Ahora bien, me pregunto cómo están las cosas respecto al tema del sacrificio en este momento.

La enseñanza de Jesús es clara, algunos han intentado seguirla, pero me temo que estamos como antes. ¿Cuál es el problema?. ¿Dios es como Jesús, o Dios es como el obispo, o el Papa o el sacerdote me cuentan que es?. Quiero decir que tenemos todavía el paganismo entre nosotros: los sacrificios, los santos, las vírgenes, estampitas de santos, esta manía de canonizar cada año nuevos santos según la corriente política eclesial que impere. Todos quieren tener el propio santo.

¿Cómo puede la gente normal comprender todo esto?. ¿Quién tiene la autoridad para interpretar quién es Dios?. Nos encontramos con un problema grave de interpretación y de propuesta continua oficial de la iglesia, porque la iglesia incluso se considera infalible... ¿Cómo podemos defendernos?.

Yo no estoy de acuerdo con la intervención del interlocutor precedente, cuando decía que Auschwitz ha sido el máximo exponente de la degradación del género humano. Fue ciertamente un momento terrible de degradación, pero no es el máximo. El máximo es el hambre del mundo y el Sida. Pero con frecuencia, se cierran los ojos ante esta evidencia. Se dice solo lo otro, queremos preservar la amistad con los hebreos, solo contamos esto. Existe una deshumanización general enorme que crece cada vez más, a pesar de que exista el cristianismo, a pesar de que Dios sea amor, exclusivamente amor.

Respuesta. En la raíz de todo esto, Pino, se encuentra una vez más la interpretación del texto bíblico y su comprensión. Una de las interpretaciones desviantes que se ha hecho del evangelio ha sido tomar en su sentido literal ciertas expresiones figuradas, teológicas. Si leemos el final del evangelio de Marcos hallamos que : “*Jesús resucitado subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios*”, o sea, él está allí arriba y nosotros, aquí abajo. ¿Pero qué pretende indicar el evangelista con esta frase?. Una cosa es lo que dice el evangelista, otra cosa distinta es cómo lo dice, y otra cosa aun es el sentido en que usa las imágenes de su ambiente literario y de su cultura. Con la expresión “*Jesús resucitado subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios*” el evangelista hace un acto de denuncia contra las autoridades religiosas: “Ese hombre que habéis condenado como blasfemo y malhechor era Dios, tenía la condición divina”. Y ¿cómo lo hace?. A través de una imagen tomada de la cultura del tiempo, según la cual junto al trono del rey, sentado a su derecha, estaba quien tenía su mismo poder. Pero esto no quiere decir que Jesús resucitado esté en el cielo a la derecha de Dios, ajeno y desinteresado de la vida de la gente.

En el evangelio de Mateo, las últimas palabras de Jesús son: “*Yo estoy con vosotros todos los días*” (Mt 28,20). Nuestra tragedia como cristianos es que no nos lo creemos, o bien, si aceptamos su presencia, no le dejamos espacio de libertad, espacio para expresarse. En una liturgia en la que todo está prescrito, donde cada gesto y cada palabra están previstos, ¿qué puede hacer Jesús para hacerse escuchar, si ni siquiera le concedemos el derecho a expresarse...?. Creo que debemos reapropiarnos de esta imagen de un Dios que en Jesús está siempre presente, y que se manifiesta en el centro de la comunidad. Y ¡ay de quien se apodere de su puesto!. En el centro de la comunidad no hay ninguna otra persona que no sea Jesús, el cual se manifiesta cada vez de forma original y con una dimensión nueva. En Jesús se manifiesta un Dios cuya inmensidad no puede ser conocida a través de las modestas experiencias parciales que podemos hacer en nuestra existencia.

Existe una fórmula teológica tomada del hebraísmo, que el autor del Apocalipsis cambió y adaptó posteriormente. Reza así: “*Dios es el que era, el que es, y el que será*”. Es decir, Dios es aquél que conocieron nuestros padres, es el Dios que podemos experimentar nosotros, y es aquél que se manifestará al final de los tiempos. El autor del Apocalipsis toma prestada esta fórmula teológica, pero la modifica: “*Dios es el que era, el que es*”, - pero, atentos - “*el que viene*” (Ap 1,4), en otras palabras, es aquél que no deja nunca de manifestarse de una forma completamente novedosa.

La tarea de la comunidad cristiana es tener bien dispuestas las antenas, agudizar el oído, abrir bien los ojos, para percibir la presencia de este Jesús que no viene nunca como uno se lo espera. El prólogo de Juan lo expresa de manera dramática: “*Vino entre los suyos, pero los suyos no lo acogieron*” (Jn 1,11). Jesús no fue rechazado por los malvados, por las personas perversas de la época, sino precisamente por las personas pías, por las personas religiosas que adoraban a un

Dios momificado, un Dios embalsamado, las cuales no supieron apercibirse de que el Dios viviente estaba entre ellos.

La comunidad cristiana está llamada a redescubrir la centralidad de la presencia de Jesús en su seno. Es él el centro hacia el cual nos orientamos todos, de él debe proceder toda sabiduría, toda decisión, toda opción de la comunidad cristiana.

Ahora bien, si pensamos que Jesús se encuentra en el lejano y etéreo Paraíso, sentado a la derecha de Dios, entonces es evidente que tenemos necesidad de otras personas que hagan la función de mediadores. Así pues, es importante y urgente para la comunidad cristiana redescubrir la presencia de Jesús en el centro de la misma.

Pregunta. (no se escucha con precisión)

Respuesta. El párrafo que la señora ha citado está en el evangelio de Mateo. El evangelio de Mateo toma prestada una imagen del Talmud, que dice: "Donde dos o más están reunidos para el estudio de la ley, de la Toráh, allí estoy yo presente". Jesús sustituye la ley con su persona. No se trata ya un código externo que el hombre deba observar, es una persona a la cual dar la propia adhesión.

Por desgracia, debido quizás a la educación y comprensión religiosa del pasado, Jesús fue alejado de nosotros. El cielo pasó a ser considerado una región atmosférica en vez de indicar la presencia de Dios dentro de la comunidad. Se trata de redescubrir ahora esta presencia del Señor.

Tenemos tiempo para una última pregunta, preferentemente respecto a los temas que hemos tratado esta tarde; hemos hecho un excursus partiendo desde las divinidades paganas, pasando por el Dios de Israel, hasta anunciar la presentación nueva de Dios que hará de Jesús. Naturalmente, se ha tratado de un discurso imperfecto y lleno de lagunas. Tal vez deseéis clarificar algo acerca de estas imágenes de Dios.

Pregunta. Si la voluntad de Dios es que no existan los pobres, ¿cómo se explica que haya tantas referencias a los pobres e indigentes en los evangelios?

Respuesta. Uno de los equívocos e interpretaciones erróneas más grandes y trágicos acerca del mensaje de Jesús – y que provocó, justamente, la acusación de que la religión sea el opio de los pueblos, o sea, una sustancia que los adormenta- fue la idea de que Jesús hubiera declarado bienaventurados a los pobres porque en la otra vida irían al paraíso.

En los evangelios, existen ciertamente referencias a los pobres y a la pobreza, pero nunca para beatificar esta condición, nunca para sublimarla o exaltarla, siempre para eliminarla. Jesús vino para eliminar las causas de la pobreza y liberar a los pobres. Jamás los proclama dichosos. Los pobres son personas que están en una condición de desgracia, de la cual la comunidad cristiana está llamada a liberarlos. Jesús dice: dichosos los pobres en el espíritu, o sea, las personas que voluntariamente, por la fuerza interior que tienen dentro, optan por asumir una condición de pobreza para permitir que quienes viven en esa condición, puedan salir fuera de la misma. Dicho con palabras más comprensibles: disminuye un poco tu nivel de vida, para permitir que los que lo tienen demasiado bajo lo puedan elevar un poco

En la única oración que enseña Jesús, el Padre nuestro, que es en sí misma una fórmula de aceptación de las bienaventuranzas, dejó una cláusula de gran transcendencia, una cláusula que se refería precisamente a una antigua legislación encaminada a impedir la pobreza del pueblo.

¿En qué consistía esta legislación?. El legislador, a fin de erradicar la pobreza, había estipulado que cada siete años todas las deudas contraídas serían canceladas. Una ley, pues, a favor de los pobres, pensada para ayudar a las personas endeudadas, pero que, sin embargo, se retorció contra ellos, porque nadie prestaba dinero si no tenía la total seguridad de que le iba a ser devuelto. Además, como comprenderéis, nadie prestaba dinero a partir del sexto año, sabedores que dentro de poco perderían el derecho a ser restituidos. Esta ley, en su origen favorable a los hombres, había perdido su sentido, y se había convertido en un drama para los pobres.

Jesús toma esta ley del séptimo año y la coloca como práctica cotidiana, normal, en su

comunidad, insertándola en la fórmula de aceptación de las bienaventuranzas, que es el Padre nuestro: “Perdona – o sea, cancela- “nuestras deudas como también nosotros las perdonamos a nuestros deudores” (nosotros, astutos y pillos, hemos espiritualizado y endulzado la fórmula hablando de culpas y ofensas)... Pero el contexto es el de una comunidad que ha elegido las bienaventuranzas y la comunión de bienes, porque de esto se trata. O sea, una comunidad donde cada uno opta por abajar su propio nivel de vida para permitir al otro elevar el suyo propio.

¿Cómo es posible que en una comunidad cristiana haya acreedores y deudores?. Por eso, el sentido del texto no es otro que: Padre, perdona las deudas que tengo respecto a tí, porque yo, habitualmente, cancelo las deudas que otros tienen hacia mí. Demasiado difícil, demasiado complicado para nuestras miras egoístas. Por eso, se introducen astutamente modificaciones: no cabe duda de que, aun siendo difícil, es más fácil perdonar a una persona que condonar una deuda. Si la suma que me adeudan no es gran cosa, todavía se puede hacer un esfuerzo, pero si se trata de una cantidad considerable, entonces...

Toda la enseñanza de Jesús está orientada a eliminar las causas de la pobreza. Jesús no propone la limosna – porque la limosna presupone siempre una persona que posee y otra indigente, y por tanto, una diferencia entre personas-, sino la condivisione de cuanto yo tengo con quien no tiene. La acción de Jesús no es espiritual, no tiene como punto de mira un hipotético reino de los cielos, un paraíso abstracto, sino que va dirigida a la sociedad concreta, que se proponía transformar profundamente. Pero como esto resulta bien difícil de digerir, se opta por espiritualizar a Jesús, se le aleja de la vida diaria. Si cuando recitamos el Padre nuestro creyéramos realmente lo que afirmamos, las cosas serían bien distintas: “perdona nuestras deudas, porque nosotros hemos cancelado las deudas que tenían contraídas hacia nosotros”. En cambio, nuestras comunidades con frecuencia pierden credibilidad por su incoherencia. Hemos espiritualizado todos los símbolos del padre nuestro, como en este caso, las deudas.

SEGUNDO ENCUENTRO

En nuestro encuentro de ayer, reflexionamos sobre la imagen de Dios que se encontró Jesús en su época. Vimos cómo en la figura de este Dios confluían diferentes atributos de las divinidades paganas, las cuales, en el proceso de crecimiento progresivo hacia la unicidad de Dios, habían sido gradualmente eliminadas. Consecuentemente, les habían sido atribuidos a Yahve sus rasgos distintivos. Era, pues, un Dios, con muchos remiendos, podemos decir, un Dios con luces y sombras.

Hoy veremos el Dios que nos presenta Jesús e iniciaremos un crescendo de luz que mañana llegará a ser un resplandor deslumbrante. Iniciamos nuestro recorrido acerca del conocimiento del Dios no-poderoso, partiendo de la afirmación categórica que encontramos en el prólogo del evangelio de Juan. Juan, dándole la espalda a la tradición del Antiguo Testamento, declara, en abierta polémica con la cultura y la mentalidad judía del tiempo: “*A Dios nadie lo ha visto jamás*” (Jn 1,18).

Pero no parece del todo cierto. Si vemos los textos del Antiguo Testamento (los libros del Exodo, Números), resulta que, al menos, Moisés, Aarón y otros personajes ilustres habían visto a Dios. Es más, el autor, a fin de dar la garantía de que lo han visto, afirma: “*Vieron a Dios, y no obstante, comieron y bebieron*” (pues habrían debido morir). Pero Juan es categórico: “*a Dios nadie lo ha visto jamás*”.

Todas estas experiencias de Moisés, Aarón, Elías, los grandes hombres de la antigüedad, constituyeron experiencias parciales y limitadas y por lo tanto –por esto es importante la afirmación- la voluntad de Dios que pretenden expresar, no corresponde a la verdad. La imagen que Moisés nos da sobre Dios es necesariamente una imagen limitada, porque no lo ha visto cara a cara. De hecho, la narración del encuentro de Moisés con Yahvé dice que Moisés no ve el rostro de Dios, porque está de espaldas a él. Tiene solo una visión parcial, por lo que la ley que Moisés presenta como voluntad de Dios es solo imperfecta.

Esto es importante porque relativiza todas las enseñanzas del Antiguo Testamento. Aquellas normas culturales, aquellos tabús de tribus beduinas y nómadas de hace mil años, ¿pueden todavía hoy condicionar la vida de los creyentes?. Juan no lo consiente: “*a Dios nadie lo ha*

visto jamás”. La ley, que pretendía expresar la voluntad de Dios, es imperfecta. “*El unigenito que es Dios y está en el seno de Dios, él lo ha revelado*” (Jn 1,18).

He aquí la declaración importante de Juan que nos ira guiando en nuestro encuentro de hoy: “A DIOS NADIE LO HA VISTO JAMAS”, el único que ha hecho la experiencia plena, total y que nos lo ha revelado, es el unigenito que está en el seno del Padre, o sea, que es íntimo al Padre.

Aquí, por primera vez en este evangelio, Dios es llamado Padre. Es importante. Un poco más adelante analizaremos la técnica literaria que emplean los evangelistas. No existe una palabra del evangelio que no posea una gran riqueza de significado y que no haya sido colocada en su sitio a propósito. ¿Por qué el evangelista llama a Dios *Padre*? En la cultura y en el lenguaje de la época, no existía el término progenitor. Existía un padre, que es quien genera, y una madre, cuya tarea es dar a luz. Por los conocimientos de biología del tiempo, creían que la madre no aportaba nada suyo en la vida del hijo. Era una especie de incubadora que acogía el semen del marido, lo hacía crecer y luego lo expulsaba. Pero el hijo provenía directamente del padre.

Con esta definición, llamando a Dios *Padre*, el evangelista supera la teología del Antiguo Testamento, según la cual el hombre había sido creado a imagen y semejanza de Dios. Con Jesús, comprendemos que el hombre no es creado a imagen y semejanza de Dios, sino que es generado del Padre. Dios crea algo externo a sí, en cambio genera algo íntimo.

Por esto, en el mismo prólogo, Juan escribe que a cuantos lo acogen, Jesús les da poder de llegar a ser hijos de Dios. Volveremos a este argumento, porque recoge el designio de Dios sobre la humanidad: hijos de Dios, los cuales no de sangre, sino a partir de Dios mismo son generados.

No es suficiente decir que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, porque la creación es algo exterior a Dios. El hombre es generado como hijo del Padre. Pero tal filiación no puede ser impuesta, es solo una propuesta. Hijos de Dios no se nace, se llega a ser. En el lenguaje popular, se dice habitualmente que todos somos hijos de Dios. No es verdad. Somos hijos de Dios por una opción personal, no por nacimiento. Y ¿en qué consiste esta opción?: en la acogida de Jesús en la propia existencia, la acogida de Jesús, su figura y su mensaje. Este es el proyecto de Dios sobre la humanidad.

Desde los primeros compases del prólogo, se empieza a entrever una luz fortísima, que gradualmente se va convirtiendo en luz deslumbrante. Juan se disocia de toda la teología pesimista del hebraísmo, no en aras de una polémica con el judaísmo, sino para distanciarse de la religión. Todas las religiones son pesimistas en relación al hombre. En todas las religiones, Dios aparece disgustado por el comportamiento del hombre y anuncia amenazas, castigos temporales o eternos.

El evangelio de Juan se abre con una imagen estupenda: un Dios enamorado de la humanidad, entusiasmado con la creación hasta el punto de desear aumentar el caudal de vida de la misma y elevarla hasta su misma dignidad divina. El proyecto de Dios respecto a la humanidad, su única voluntad –no existen otras- es que cada hombre llegue a ser hijo suyo, a través de la puesta en práctica de un amor similar al suyo. Esta es la voluntad de Dios.

No se trata del Dios – como aparece en determinados salmos, como el 14 – que se asoma desde las nubes y observa la tierra enojado: “*¡todos están descarriados, pervertidos en masa!*”. Es un Dios que mira la humanidad y dice: “*¡Qué maravilla, mira qué belleza! ¡Qué lástima que tengan esta vida limitada que concluye con la muerte!. Voy a hacerles un regalo. Les voy a elevar hasta mi misma condición divina, voy a concederles la cualidad de los hijos de Dios.*”

El proyecto de Dios para la humanidad es plenamente positivo, en él se puede apreciar todo el optimismo de Dios, pues para Dios el hombre es importante: le quiere donar su misma condición. El proyecto de Dios respecto al género humano es que todo hombre llegue a ser señor. Ser señor no quiere decir tener súbditos a los que mandar. Significa no tener nadie a quien obedecer. Se trata de transmitirnos su misma cualidad divina, de modo que, como él, no

tengamos ya que obedecer a nadie.

El verbo obedecer, o el término obediencia, no tienen derecho de ciudadanía en los Evangelios. Brillan por su ausencia. El verbo obedecer aparece cinco veces, pero referido siempre a elementos hostiles al hombre: el viento, el mar. Jesús jamás pide a sus discípulos que lo obedezcan, ni que obedezcan a Dios. Mucho menos pide obedecer a otro apóstol o discípulo. La obediencia no forma parte del léxico evangélico. En su lugar Jesús inaugura la SEMEJANZA.

Nosotros no obedecemos ni a Jesucristo, ni a Dios, porque Jesús no nos lo pide. Nos pide insistentemente que nos parezcamos a él. Jesús nunca dice: “obedeced al Padre”; nos insta, en cambio, a “ser como vuestro Padre”. El hombre realiza su condición divina y, en consecuencia, llega a ser señor, cuando practica un amor semejante al suyo.

El prólogo del evangelio de Juan concluye con esta expresión: “*a Dios nadie lo ha visto jamás, el único que nos lo ha hecho conocer es Jesús*”. Desde este momento, toda la atención debe dirigirse hacia Jesús, pues solo a través del conocimiento de Jesús se llega a comprender y a conocer quién es Dios. Para llegar a Jesús, no es necesario partir de una imagen que previamente tengamos de Dios, una imagen filosófica o teológica. Eliminemos toda idea religiosa, filosófica de Dios, centrémonos en Jesús y todo aquello que creamos de Dios pero que no encuentre correspondencia en Jesús, eliminémoslo.

¿Qué significa que Jesús manifiesta la plenitud de Dios?. Demos un salto adelante hasta el capítulo 14, un pasaje importantísimo, el momento en que Tomás pregunta a Jesús: “*Señor, no sabemos dónde vas y ¿cómo podemos conocer el camino?*” (Jn 14,5). Jesús entonces, da de sí una definición muy importante: “*Yo soy*”.

YO SOY no es solo una expresión verbal. Es el nombre de Dios. Cuando Moisés preguntó a Dios: *¿cuál es tu nombre?*, Dios no le respondió con un nombre. Dios no tiene un nombre, porque el nombre limita, define. Dios no responde con una identidad, sino con una actividad que lo hace reconocible “*Yo soy el que soy*” (Ex 3,14), expresión que toda la tradición hebrea siempre ha interpretado en el sentido de: ‘yo soy aquel que está siempre cerca de mi pueblo’.

Jesús se presenta haciendo uso del atributo divino: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*” (Jn 14,6). El primero de estos tres aspectos, el camino, es un término de movimiento, dinámico, no es un término estático. Jesús no se presenta como una realidad estática, quieta, inmóvil, que adorar, sino como un camino que recorrer en un crescendo de verdad y de vida. Jesús dice: “Yo soy el camino”. Caminamos con él, siguiendo sus huellas.

Caminando con Jesús se conoce lo que es la verdad. La verdad, en el evangelio de Juan, coincide con la verdad de Dios acerca del hombre. ¿Quién es Dios?. Es un Dios enamorado del hombre. ¿Quién es el hombre?. Es el objeto de este amor de Dios que lo hace hijo suyo.

Caminando en esta plenitud de la verdad, se descubre también la vida y se llega a ser hijos de Dios. Continúa Jesús: “*Si me conociérais, conoceríais también al Padre*” (Jn 14,7). No existe un conocimiento del Padre que preceda al conocimiento de Jesús; el conocimiento de Jesús –el único posible- hace posible el conocimiento del Padre.

Nuestro drama como cristianos, al menos desde mi experiencia, es que desconocemos a Jesús. Nos han llenado la cabeza de catecismo, reglas, obligaciones, observancias, pero no nos han ayudado a experimentar quién es Jesús.

Jesús condiciona el conocimiento del Padre al suyo propio. Cuanto más auténtica sea la adhesión a Jesús, mayor será la posibilidad de conocer al Padre. Cuando Felipe solicita: “*Señor, muéstranos al Padre y nos basta*” (Jn 14,8), Jesús responde desconfortado: “*¿Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y todavía no me conoces, Felipe!*” (Jn 14,9).

Felipe es el representante de las víctimas de la religión, en su persona se aprecian las consecuencias funestas de la misma. La tradición religiosa puede condicionar al individuo de tal modo que le impida hacer en su vida la experiencia de Dios. En los evangelios encontramos un dato asombroso, desconcertante: cuanto más inmersas están las personas en el ámbito religioso, cuanto más viven de devociones, de prácticas pías, de actitudes irreprochables ante la ley de Dios, mayor dificultad tienen de percibir la presencia de Dios cuando se manifiesta en sus existencias. Por el contrario –paradójicamente- cuanto más alejadas se encuentran las personas

de Dios, tanto desde el punto de vista religioso como moral, con mayor facilidad consiguen percibir la presencia de Dios en su vida.

Viene la tentación de pensar que conviene alejarse de la religión, porque nos impide experimentar a Dios. El hebreo Felipe, judío practicante que está con Jesús, no ha comprendido aun que en él se manifiesta el rostro del Padre, porque el Dios de la religión es un Dios embalsamado, no un Dios vivo. Es un Dios que hay que venerar, pero no un Dios con quien caminar. Jesús dice: “*¿Hace tanto que estoy con vosotros y todavía no me conoces, Felipe!*” Y a renglón seguido, hace una declaración de gran importancia: “*Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn 14,9). No dice “quien conoce al Padre, me conoce a mí”. Es al revés. Quien me ha visto a mí - dice Jesús - ha visto al Padre. ¿Qué quiere esto decir?. Como ya ha aparecido expresado en el prólogo, Jesús es la única fuente para conocer a Dios.

El Padre es exactamente como Jesús. No es que Jesús sea como Dios, sino que Dios es como Jesús. Si yo afirmo: Jesús es como Dios, quiere decir que, de algún modo, parto de la idea de Dios que tengo. No, no es así. Nosotros no conocemos a Dios. En cambio, si decimos que Dios es como Jesús, quiere decir que todo cuanto vemos en Jesús, en sus acciones y enseñanzas, eso es Dios. Por consiguiente, todo aquello que no corresponde con la imagen que tenemos de Dios y que contemplamos en Jesús, es necesario dejarlo a un lado, porque supone una imagen falsa o insuficiente.

Ayer hacíamos alusión a algunas ideas paganas que después se difundieron en el hebraísmo y, en consecuencia, se infiltraron en el cristianismo. Pensad en la idea del castigo de Dios, pensad en la idea del Dios envidioso y celoso de la felicidad del hombre. Todos habremos escuchado alguna vez esa expresión obscena: “cada uno tiene su propia cruz”, o bien, “el Señor manda sus cruces a las personas”, o frases estúpidas de este tipo. Nada de eso.

Es necesario fijar la atención en la figura de Jesús y ver lo que dijo e hizo. Cuanto más profundo sea nuestro conocimiento de él, mejor conoceremos a Dios. Veremos cómo ese Dios remendado de forma un tanto miserable que Jesús halló en su existencia, no pierde su identidad, la empieza a manifestar de forma nueva y mucho más rica.

Probablemente, los discípulos pondrían cara de incredulidad cuando vieron que Jesús se reafirmaba en su discurso, y afirmaba: “*¿No crees que yo estoy (yo soy) en el Padre y el Padre está en mí?*” (Jn 14,10). ¿Por qué Felipe y los discípulos tuvieron tanta dificultad en creer?: porque es típico de la religión alejar a Dios de los hombres.

Según la tradición hebrea, se decía que Dios está alejado de los hombres por una distancia de 3500 años de camino. ¿De dónde sale ese número 3500?. En su cosmogonía, los hebreos concebían primero la tierra, sobre ella estaba la bóveda celeste y, finalmente, había arriba siete estratos celestes, en correspondencia con los siete cielos. El Paraíso estaba localizado en el tercer cielo. Por su parte, Dios estaba en el séptimo cielo. Entre un cielo y otro, habían calculado una distancia de 500 años de camino. Por tanto, hasta el séptimo cielo había 3500 años de camino: un Dios, pues, inaccesible, inimaginable, un Dios cuya santidad pesaba hasta el punto que el hombre se sintiera un gusano (como dicen algunas espiritualidades aún hoy en día). Pero decir que somos un gusano es un insulto a Dios, porque si somos sus hijos, se deduce que también él es un gusano. El padre es como los hijos. La religión aleja a Dios de los hombres.

Jesús entonces dice: “*¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las digo por mí, sino el Padre que vive en mí cumple sus obras*” (Jn 14,10). He aquí el criterio en el cual nos detendremos esta tarde: LAS OBRAS. No importa que no creamos en las palabras, éstas pueden engañar. Es necesario ver las obras.

El único criterio de verdad que presentan los evangelios para establecer si Jesús viene verdaderamente de Dios o no, si estamos en sintonía con él o no lo estamos, no son las palabras ni los certificados de ortodoxia y de fidelidad, son solo las obras. Todas las obras que Jesús cumple, comunican y transmiten vida. Jesús es la imagen de un Dios exclusivamente bueno, que se relaciona con las personas solo desde la bondad.

Continúa Jesús, y dice: “*Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre está en mí, al menos, creedlo por las obras*” (Jn 14,11). Las obras son el único criterio de esta verdad. Es una afirmación muy importante, que nos permite comprender mejor el significado de las obras en el evangelio.

La *ignorancia* que existía en el pasado sobre el texto bíblico.

Durante siglos, la Iglesia basó toda su teología, su doctrina, su espiritualidad en una traducción latina del texto original griego. Sin embargo, una traducción nunca está a la altura de la riqueza que tiene el texto original. Cuando a partir del Concilio se retornó al mismo, fue redescubierto su gran esplendor. El texto original está escrito en griego, una lengua que no es accesible a la mayoría de los creyentes, por lo que nos tenemos que fiar de las traducciones que nos son propuestas. Pero si la traducción está equivocada, corremos el riesgo de equivocarnos también en la vida.

De hecho, algunos errores de traducción y de interpretación de las palabras de Jesús han tenido consecuencias nefastas. Pensemos, por ejemplo, en la tergiversación sufrida por la invitación de Jesús a la conversión. En la lengua griega, “*convertirse*” se dice de dos maneras. Una de ellas significa retornar a Dios. El otro vocablo usado indica el cambio de relación con los demás. Los evangelistas nunca emplearon el término religioso: “retorno a Dios”. Usaron siempre el segundo, exhortando, pues, a cambiar la actitud en relación con los demás.

Jesús dice: “si no os convertís, no tenéis nada que ver conmigo, no entráis en el reino de Dios”. Pero el verbo *convertirse* fue luego traducido e interpretado como “hacer penitencia”: si no hacéis penitencia, no entraréis en el reino de los cielos. Y, por consiguiente, las personas que querían tener los primeros puestos en el reino de los cielos, se dedicaban a hacer mucha penitencia. Leyendo la vida de los santos hasta hace un siglo, podemos comprobar cómo se envenenaban la existencia, destapando los profundos pozos tenebrosos del masoquismo presentes en todos nosotros. Cuanto más sufría la persona, más cerca de Dios pensaba estar. Este tipo de espiritualidad perdura aún, es bien difícil que pierda el gancho que tiene hacia las personas.

Uno de los términos que en la última edición del Nuevo Testamento de la C.E.I. (Conferencia Episcopal Italiana) ha desaparecido –finalmente!- es un término ambiguo que contribuyó al nacimiento de la idea de la omnipotencia de Dios: el término *milagro*. En la nueva edición ha desaparecido, al menos, del evangelio de Juan. Los evangelistas, siempre atentos al uso del lenguaje, evitan con cuidado el término milagro. En su lugar usan “obras, signos”.

Obras y signos –ésta es la razón de la premisa – que compete a la comunidad cristiana multiplicar. No se trata de que Jesús realice gestas extraordinarias que solo un hombre con su capacidad, un ser divino, pueda cumplir. La comunidad cristiana está en condiciones de prolongar sus obras.

Dice: “*En verdad os digo*” - cuando habla en estos términos, quiere decir: escuchad bien, estad atentos pues voy a hacer una afirmación importante – “*quien cree en mí*” – o sea, quien le da su adhesión – “*hará las obras que yo hago y*” – atentos – “*las hará aún mayores*” (Jn 14,12). Todas las acciones, las obras que Jesús cumplió, obras que comunican vida a las personas, corresponde ahora a la comunidad cristiana prolongarlas y multiplicarlas, incluso superándolas.

Esta afirmación de Jesús elimina sin paliativos la aureola milagrosa que recubría sus acciones. Las obras de Jesús no son portentos que la divinidad realiza, son acciones que están a la mano de todos los creyentes.

Veamos un ejemplo. Contando con una cesta de 5 panes, solo a Jesús le es posible calmar el hambre de 5000 personas. Pero Jesús dijo: “*quien cree en mí realizará obras mayores, si tenéis fe como un grano de mostaza haréis cosas aún mayores*”. Pues bien, sin necesidad de ser un profeta, yo os aseguro que si ahora ponemos aquí una cesta con 5 panes y pasamos toda la noche en oración pidiendo que se multipliquen, no sucederá nada. ¿Quiere esto decir que no tenemos fe?. ¿No será tal vez que el evangelista quiere decir otra cosa?.

Algunos pueden pensar que Jesús fue una especie de prestidigitador que se sacaba panes y peces de la chistera, pero no parece muy serio pensar así. Podemos ver las cosas desde otro ángulo, desde la perspectiva de los evangelistas: ellos presentan la invitación a compartir el pan que se posee para crear abundancia. Y esto lo podemos hacer todos. Podemos esperar de manera indefinida a que caiga el manna del cielo. Pero si compartimos cuanto tenemos, se genera abundancia, especialmente en nuestras sociedades no ya del bienestar, sino del derroche y de la opulencia. Por tanto, recordad, “*Las obras que yo he hecho las podéis hacer vosotros, y más*

grandes aún”.

El evangelista centra toda su atención en torno a las obras de Jesús. En las religiones paganas, todo era muy simple: el bien procede del Dios bueno, el mal procede de un Dios malvado. La vida la da el Dios bueno, la muerte, el Dios malvado. Con el hebraísmo, todo esto fue asumido en un único Dios, y se pensó que la muerte había entrado en el mundo debido a la corrupción de la humanidad.

Todos conocéis los primeros capítulos del libro del Génesis: encontramos un paraíso maravilloso, gran armonía entre hombre y mujer, después, un pecado y una desgracia que se prolonga hasta nuestros días. Es sorprendente la fe tan infantil que se ha ido transmitiendo: por una descortesía, por un pecado grave si queréis, generaciones enteras de personas han tenido que sufrir las consecuencias...!! No existe proporción entre la condena sufrida a causa del pecado y el perdón generoso que Dios podría haber concedido. Si Dios puede perdonar, ¿acaso no podía perdonar a nuestros primeros padres?. Indudablemente, las consecuencias de la condena exceden con mucho a la entidad del pecado que cometieron. Creíamos en estos cuentos porque éramos esclavos de la religión. Cuando pedíamos explicación de algo, se nos decía: es un misterio, tienes que tener fe. Creíamos con una fe que se basaba en el misterio.

El problema del mal:

La respuesta a este problema la encontramos en el capítulo 5 de Juan. Jesús ha curado a un hombre enfermo en la piscina de Betsaida, y lo ha liberado, invitándole a vulnerar la ley. A este respecto, resulta muy extraño que ciertas expresiones del mensaje evangélico sean siempre mutiladas. Cuando en los encuentros yo pregunto a los asistentes “¿qué le dijo Jesús a este inválido?”, la mayoría de las veces la gente responde que le dijo “levántate y camina”. ¡No!. Jesús le dice: “levántate, toma tu camilla y camina”. Es importante tenerlo en cuenta. Jesús hace posible que se ponga en pie, pero el caminar depende de él. Es él quien tiene que tomar la camilla y ponerse en marcha, transgrediendo a tal fin la ley, ya que era sábado y estaba terminantemente prohibido. ¿Cuál es la moraleja?: si se tiene el valor de transgredir la ley, se vive. Si no se vulnera la ley no se vive. Esta es la profunda enseñanza que Jesús transmite.

O bien, hay otra expresión interesante referida a la oración, en el pasaje de la vid y los sarmientos. ¡También este texto ha sido gravemente mutilado!. Todos recordamos la exhortación de Jesús: “*Pedid y se os dará*”. Pero olvidamos la cláusula inicial: “*Si ponéis en práctica mis palabras*”, esta parte se olvida con facilidad. Es más fácil pedir, y luego nos lamentamos al constatar que no se nos concede. Pero lo cierto es que hemos olvidado la condición: “*Si practicáis mi mensaje*” – o sea, si sois semejantes a mí - “*pedid y se os dará*”.

Decíamos que Jesús liberó a esta persona de la esclavitud de la ley, y este hecho desencadena el pánico entre las autoridades religiosas, no tanto porque una persona se haya atrevido a transgredir el sábado, sino porque ha habido quien le ha invitado a hacerlo.

A las autoridades religiosas no les importa nada el bien de la gente; les interesa solo el propio prestigio, el propio poder. Si para mantener prestigio y poder la gente tiene que sufrir, les resulta indiferente. Se acuerdan de ellos en la oración. Pero si hacer el bien implica poner en crisis el ordenamiento que ellos han impuesto, se oponen ferozmente. Por ahí no pasan..

Uno de los crímenes que cometen las autoridades religiosas es permitir que la gente sufra por no reconocer el propio error. ¿Quién ostenta generalmente la autoridad, el poder?. Aquél que nunca reconoce: “me he equivocado”, porque si así lo confiesa, la gente puede empezar a poner en duda su pretendida autoridad. Con tal de no reconocer el error, las autoridades religiosas dejan que el pueblo sufra. Lo importante es el propio prestigio y el propio poder.

Frente a este hombre, inválido durante 38 años, que ahora vuelve sano, las autoridades religiosas no exultan. Se alarman: “¿Quién es el que te ha animado a violar la ley?”. Se revuelven con furia homicida contra Jesús y le interrogan: “¿Por qué quieres abolir el sábado?”. La respuesta de Jesús nos ayuda a entender también el significado del libro del Génesis: “Mi Padre trabaja, y yo también trabajo”.

¿Qué quiere decir?. Según la teología del libro del Génesis, tal como era interpretada, Dios había creado el universo en seis días y al séptimo día había descansado. Dios había

confeccionado un producto hermoso y luego reposó. Después, por culpa de esos perversos primeros seres humanos, el producto se había estropeado. Pero Jesús no está de acuerdo con esta visión de las cosas. El relato de la creación del Génesis es susceptible de otra lectura: no se trata de la añoranza de un paraíso perdido, es la profecía de un paraíso a construir.

El relato no habla de una época extraordinaria de armonía plena entre hombre y mujer, entre los hombres y el creado, que luego se haya venido abajo. No es esto. La técnica literaria usada por el autor indica otra cosa: ese es el proyecto de Dios respecto a la humanidad. La realidad, en cambio, es otra bien distinta; así pues, remanguémonos las mangas y pongamos manos a la obra.

No hay que añorar un paraíso irremediabilmente perdido, hay que trabajar para construirlo. Por ello, es necesario entender en su justa medida la técnica literaria del autor. De otro modo, se interpreta erróneamente la Biblia.

Un ejemplo nos ayudará a comprenderlo mejor. Veamos la descripción que hacen los Hechos de los Apóstoles acerca de la vida de la primitiva comunidad cristiana. Nos hace enrojecer de vergüenza: *“Eran todos un solo corazón, una sola alma. Y todo era puesto en común”*. Si miramos la realidad de nuestras comunidades, nos invade una profunda vergüenza, se ha olvidado el compartir, son un desastre. Sin embargo, ese no es el cuadro real de la comunidad, es el cuadro ideal, es el deber ser de la comunidad: un solo corazón, un alma sola. El autor, en seguida, explica cómo estaban las cosas en realidad: en contraste con el ejemplo de Bernabé que pone todos sus bienes en común, una pareja compuesta por Ananías y Safira, en cambio, guarda astutamente una parte para sí. Fingen compartir.

Poco después, afirma: *“Surgió un malestar entre los griegos”* – o sea, entre los cristianos de origen no judío – *“porque sus viudas eran tratadas mal en la distribución de los bienes”*. ¿Dónde ha ido a parar ese tener un solo corazón y una sola alma, ese ponerlo todo en común?. No es que la realidad ideal se haya deteriorado, se trata de una realidad que hay que construir.

Esto nos permite comprender el modo de afrontar el problema del mal. Para Jesús, la creación no ha terminado; el Padre trabaja aún ahora, y también él lo sigue haciendo. Hasta que todos los hombres no hayan tenido la oportunidad de conocer qué es la libertad y cuál es la medida de su propia dignidad, la creación no se habrá concluido, porque solo cuando una persona es libre y consciente de su dignidad, puede adherir plenamente al proyecto de Dios. Pero mientras exista la indigencia, mientras las personas sean víctimas de la violencia y del hambre, queda velada la comprensión de lo que significa ser hijos de Dios.

El programa de Dios presupone que la obra de la creación no ha terminado aún. No hay que añorar nada, hay solo que poner todas las energías en liza para construir el mundo soñado. Es interesante constatar cómo a medida que la humanidad comprende con mayor profundidad ciertos valores de la sociedad y de la existencia misma, determinadas expresiones del pasado adquieren mayor valor. Hoy es el tiempo de la ecología, de la preservación de la naturaleza. Bien, hay un texto de Pablo en Romanos 8 que podría ser la madre de todas las ecologías: *“Mirad que la creación está impaciente esperando que vosotros realicéis el designio de Dios; despertaos, sed hijos de Dios para que también la creación vuelva a conocer su gloria”*. La creación, por tanto, está impaciente, aguarda ansiosa. Por eso, Pablo anima a todos a despertarse, a ser activos, porque si nosotros realizamos en nuestra existencia la filiación divina, también la creación se beneficiará de ello.

El mal, las enfermedades, los sufrimientos, todo aquello que entristece la existencia de los seres humanos no forma parte del proyecto de Dios, son elementos ajenos a la voluntad de Dios, y es tarea de Jesús, con la colaboración de cada uno de nosotros, eliminarlos o disminuir su influencia en nuestra vida.

No existen enfermedades incurables, existen solo intereses de sociedades farmacéuticas. No existe nada negativo en el mundo que no pueda ser derrotado y superado. Si todos los recursos que se emplean para destruir se usasen, en cambio, para construir y para promover la vida, sería posible realizar ese paraíso que consideramos irremediabilmente perdido. Jesús dice: *“Mi Padre trabaja y también yo trabajo”*.

En la segunda parte del encuentro de hoy veremos cómo son estas obras de Dios. En las mismas, Dios o Jesús no sustituyen al hombre, lo potencian. Vuelve aquí la reflexión siempre desconcertante acerca de la omnipotencia de Dios. Si Dios no manifiesta su potencia, es porque quiere hacer posible de ese modo que nosotros, seres humanos, manifestemos la nuestra. Si Dios estuviese presente aquí con su potencia, no podríamos dar ni un paso.

Por eso, Jesús dice a sus discípulos (estamos en el evangelio de Juan): “*Os conviene que yo me vaya*”. Mientras Jesús esté situado en el centro de todo, todos dependerán de él. No darán un paso sin preguntarle, no se atreverán a expresar un pensamiento sin confrontarse antes con él, en una palabra, no crecerán. Las personas, para crecer, deben de algún modo abandonar la figura paterna. De otro modo, permanecen siempre en estado infantil. Jesús no tiene necesidad de personas infantiles.

Segunda parte

En la respuesta que da a Felipe, Jesús dice: “*Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre esta en mí, al menos creedlo por las obras*”(Jn 14,11) . Son las obras, y no las palabras, las que manifiestan a Dios en Jesús. Son obras que comunican vida, obras en las cuales Dios no sustituye al hombre, sino que lo potencia. El Dios de Jesús no es un Dios que absorbe al hombre.

Veamos una de estas obras, que el evangelista coloca exactamente al inicio de su evangelio, una obra, pues, programática para todas las otras; se trata de una obra sintomática porque hace ver el contraste entre la mentalidad del Dios omnipotente y el Dios no-poderoso de Jesús, repito, un Dios que elige la vía de la no-potencia a fin de permitirle al hombre que descubra su propia potencia.

En el capítulo 4 del evangelio de Juan hallamos el episodio en cuestión, un pasaje muy importante que nos ayudará a comprender varias cosas sobre las obras de Jesús. En 4,46 leemos: “*Se dirigió de nuevo a Caná de Galilea donde había cambiado el agua en vino*”.

No tenemos tiempo para explicar todo el episodio de las bodas de Caná. Pero hay que tener en cuenta que no se trata de una transformación del agua en vino. Solo en este caso, en efecto, se nos dice que “*Este fue el primero de los signos y Jesús manifestó su gloria*” (Jn 2,11). ¡El único acontecimiento de la vida de Jesús en que se dice que manifestó su gloria, es uno en que dio de beber a un grupo de personas que ya estaban “alegres” por el vino...! ¿Por qué no se dice que manifestó su gloria en el momento de la resurrección de Lázaro, por ejemplo, o en otros momentos sublimes?.

El cambio del agua en vino supone, en realidad, el cambio de la antigua a la nueva alianza, es la transición desde la religión del mérito a la del don. En la religión hebrea, los sacerdotes hacían de modo tal que la gente se sintiese siempre impura en relación con Dios y necesitada, pues, de purificación. Con Jesús, en cambio, está el vino. El vino es símbolo del amor. En las bodas de Caná, se produce el cambio de la alianza: no cuenta ya lo que el hombre debe hacer por Dios a través de la purificación, sino lo que Dios hace por el hombre.

Estamos ante el paso desde la religión hasta la fe. La religión es todo aquello que el hombre debe hacer por Dios, la fe es la acogida de todo cuanto Dios hace por el hombre. Con Jesús – ésta es la gran novedad- el amor de Dios deja de ser objeto de merecimiento por parte del hombre. A partir de ahora, hay solo que acogerlo como don gratuito de parte de Dios. Nosotros no merecemos el amor de Dios por nuestros esfuerzos y conducta, sino que lo acogemos como un don precioso que él nos otorga.

El evangelista subraya que fue en Caná donde se produjo este cambio, y ahora nos muestra los efectos del mismo. Es difícil traducir a nuestras lenguas latinas la identidad del personaje protagonista de la perícopa. Traduzcamos con el término más adecuado: dignatario real, funcionario de la corte. De él, se nos dice solo que tenía un alto nivel social. No se dice que sea un hombre, ni que es padre. Solo sabemos que es dignatario real, o sea, uno que vive en el entorno del poder. Es anónimo, y cuando en los evangelios aparecen personajes anónimos, significa que son personajes representativos, personajes en los que cada uno se puede

identificar.

En este personaje anónimo, el evangelista representa a cualquier persona que ejercita de algún modo el poder. “*Un dignatario real cuyo hijo*” – el artículo que hallamos en el texto griego indica que se trata de su hijo único – “*estaba enfermo en Cafarnaum*” (Jn 4,46). Tanto poder y tanta debilidad. Un funcionario real, un hombre que vive en las altas esferas, pero el hijo único, o sea, el heredero, está enfermo.

“*Habiendo oído que Jesús había venido desde Judea a Galilea, fue donde él y le rogaba que bajase a curar*” (Jn 4,47). Más que una solicitud, son órdenes categóricas. El hombre es poderoso, se dirige a alguien que considera más potente que él, a este enviado de Dios, y se mueve dentro de sus coordenadas de pensamiento, basadas en la potencia de Dios, y le pide: “*Baja y cura*”.

En la solicitud del dignatario se encuentra ya todo lo que Jesús debe hacer: bajar, ir a Cafarnaum y curar. No es una invitación, es una orden. Notad ahora la extraña respuesta de Jesús. Se trataba de un solo individuo, pero Jesús le responde en plural. Y responde incluso mal. Los evangelistas no nos quieren transmitir una historieta del encuentro entre Jesús y un padre angustiado. No sería admisible que Jesús, ante un padre angustiado por su hijo moribundo, le respondiera como ahora veremos. Aquí hay algo mucho más profundo.

“*Respondió Jesús: «Si no veis*” - le habla en plural porque Jesús no responde al dignatario real, responde a todos aquellos que viven en la esfera del poder – “*signos y prodigios, no creéis*” (Jn 4,48). La búsqueda de signos prodigiosos caracteriza la mentalidad de quienes se alimentan del poder, de aquellos que esperan la salvación solamente a través de demostraciones de poder. Por esto Jesús, habla en plural.

En los evangelios, nunca se dice que Jesús cumple signos y prodigios. Esta es una expresión técnica tomada del Antiguo Testamento, e indica las acciones destructivas con las cuales Dios y Moisés liberaron al pueblo de la esclavitud en Egipto. Son llamadas “las diez plagas de Egipto”: signos y prodigios.

Jesús rechaza todo esto. Al hombre acostumbrado al poder, que habita en las esferas del poder y piensa en un Dios de poder, Jesús le dice: ésta es vuestra mentalidad: si no veís acciones portentosas no creéis.

En el pasaje en cuestión, Jesús invierte esta mentalidad. La gente se le acerca para solicitarle una señal, un signo espectacular, fuera de lo normal, que les permita después creer. Aquí, Jesús le da la vuelta a la propuesta. No cumple un signo que puedan ver y luego creer; dice, antes bien: “*Cree y tú mismo te convertirás en un signo que otros podrán ver*”.

El único lenguaje que entienden los hombres de poder es el del poder, lenguaje que Jesús rechaza totalmente. Ninguna de sus obras será manifestación de poder. Entre Dios y el poder existe incompatibilidad, porque el poder domina y aplasta a las personas. Jesús censura esta mentalidad y esta clase de personas: “*Si no veís signos y prodigios no creéis*”. La actividad de Jesús, en todos los evangelios, excluye cualquier manifestación de poder. Todos sus signos y obras persiguen solo comunicar vida.

“*Pero el dignatario insistió: «Señor, baja antes de que mi muchacho muera*” (Jn 4,49). El evangelista ofrece ahora una indicación muy interesante: el funcionario no está hablando de su hijo, sino de su muchacho. En griego, es éste un término que indica dependencia, sumisión. Al responderle, Jesús rectifica la expresión: “*Vete que tu hijo vive*” (Jn 4,50).

Se produce un choque entre dos mentalidades, entre el hombre potente que cree ver en Jesús una manifestación poderosa de un Dios potente – y por eso le pide bajar y curar – y Jesús que dice: “*No, eres tú quien debe descender, yo ya he descendido, ya he bajado*”. Jesús es el Dios que se hace siervo de los hombres, que desciende a su nivel, que se sitúa debajo de ellos para elevarlos en alto. Es el Dios que se hace siervo, para que quienes son considerados siervos puedan llegar a ser señores. No es Jesús quien debe descender, es el poderoso quien debe bajar.

Ante su insistencia, Jesús le exhorta a marchar porque su hijo vive. Le recuerda que se trata de un hijo, no de un dependiente. La relación entre este padre y su hijo no es genuina. El funcionario, hablando de su hijo, lo ha tratado de “muchacho”, anteponiendo el sometimiento a la filiación. Jesús pone las cosas en claro: es tu hijo, tu primogénito.

Aquí tenemos la primera de las novedades decisivas que nos permitirán comprender cómo es la acción de Dios y cómo Dios potencia al hombre. Este individuo ha sido presentado como dignatario, se ha topado con Jesús y ha creído. Dice el evangelista: “*El hombre creyó en la palabra dada por Jesús y se puso en camino*” (Jn 4,50).

En la medida que el hombre empieza a bajar, desaparece el funcionario y deja paso al hombre. El encuentro con la palabra de Jesús humaniza al individuo, que por fin va dejando a un lado su pesada carga. Pero todavía el proceso de conversión no está completo.

“*Cuando iba bajando, le salieron al encuentro sus siervos que le dijeron que su muchacho vivía. Les preguntó a qué hora había empezado a mejorar y le respondieron: hacia la hora séptima*” (Jn 4,51-52). La hora séptima es la hora que sigue a la muerte de Jesús, el momento en que Jesús comunica su espíritu. El evangelista quiere hacernos comprender que el triunfo de la vida es efecto de la efusión del Espíritu sobre cuantos lo acogen.

Y llegamos al final del trayecto: la recuperación de la paternidad. Mirad qué evolución. Ha iniciado como un dignatario que está encumbrado bien arriba; encuentra a Jesús y le ordena descender; Jesús le hace ver que es él quien debe bajar; él desciende y se convierte en hombre; y cuando acaba de bajar del todo, finalmente llega a ser padre. *Dignatario – hombre – padre*. Esta era la enfermedad del hijo, es por esta razón que estaba muriendo.

Os recuerdo que, de acuerdo con la mentalidad de la época, era el padre quien transmitía la vida, la madre no contaba para nada. Pero este chaval no tenía relaciones con un padre, sino con un dignatario real. Y el dignatario real no le podía transmitir vida. Le faltaba el padre, le faltaba alguien que le transmitiera vida y lo mantuviera en vida.

“*El padre se percató que era esa la hora en que Jesús le había dicho «Tu hijo vive»*”. – vuelve de nuevo la expresión: tu hijo – “*y creyó él con toda su familia*” (Jn 4,53). Aparece finalmente la familia: antes no existía la familia, era la casa del dignatario, el hogar de la persona importante. Cuando finalmente, gracias al encuentro con Jesús, el dignatario se humaniza, llega a ser hombre. Sigue descendiendo y se convierte en padre que comunica vida, y luego aparece la familia.

Es un pasaje importante que el evangelista concluye así: “*Esta vez Jesús cumplió esto como segundo signo*” (Jn 4,54) - no habla de milagro, dejó un signo, una señal -. ¿Quién es el que ha actuado, quién ha curado al hijo, Jesús o este hombre?. Ha sido obra de ambos a la vez. Ha sido fruto del encuentro con Jesús, pero Jesús no ha movido un dedo, no ha hecho nada, no es que haya obrado un milagro desde la distancia. El hijo moría porque le faltaba el padre, éste no le transmitía la vida. Cuando el padre se apercibe de ello, se convierte y deja a un lado el papel que revestía en la sociedad, se humaniza y revive, convirtiéndose en padre.

Son temas de gran actualidad, no se trata de historietas de hace dos mil años, son realidades profundas de la vida cotidiana. Una vez leí en un periódico la historia de un niño que se lamentaba: *mi madre es psicóloga, todos los días enseña a otras madres cómo deben comportarse con sus hijos*. Pensé entonces en este texto de Juan. Esa señora sabía mucho y lo enseñaba a otros, pero a su hijo le faltaba la madre. Este niño tenía relaciones con una psicóloga, no con una madre. Este es el segundo signo; repito, hablamos de signo, no de milagro.

Las obras de Jesús, así pues, son una comunicación vital al hombre, comunicación de vida que, sucesivamente, corresponde al hombre transmitir a otros. Dios no lo sustituye, no actúa en su lugar. Jesús rechaza la solicitud del dignatario. No es él quien debe descender para curar al muchacho, es responsabilidad del protagonista, porque la enfermedad de su hijo tiene un nombre: *dignatario real*. Y se curará solo cuando él deje de serlo para pasar a ser hombre y padre.

Como véis, no hay necesidad de acudir a acciones prodigiosas, gestas extraordinarias de la divinidad. Todas las obras de Jesús parten de lo cotidiano, son comunicación incesante de vida para que quienes la acojan, la transmitan a su vez a otros.

En este desvelar progresivo del rostro de Dios que realiza Jesús, encontramos en todos los evangelios una declaración importante, que analizaremos mañana. Veremos dos episodios muy destacados: por un lado, el lavatorio de los pies que cumple Jesús, que es mucho más que un acto de humildad. Lavando los pies a los suyos, Jesús destruye la pirámide construida por la sociedad en la que Dios se halla en lo más alto, encumbrado entre aquellos que tienen poder de ordenar. ¡No!, Dios no está en lo alto, está abajo entre aquellos que sirven. Es ésta una enseñanza fundamental, es la primera y única vez en la historia de todas las religiones que se manifiesta un concepto de esta magnitud.

Antiguamente, estudiábamos en el catecismo quién es Dios, para qué nos ha creado. Y decíamos: *nos ha creado para servirlo*. Pero Jesús disiente. Dios no crea la humanidad para ser servido, como si tuviese necesidad de algo. Al revés, Dios crea para ponerse al servicio de la humanidad.

Esta idea es inaceptable para sus contemporáneos. Es inaceptable que Dios se ponga al servicio del hombre, porque si la gente lo cree de verdad, entonces todos aquellos que se han puesto entre Dios y los hombres pretendiendo que los hombres estuvieran al servicio de Dios – y por tanto, al servicio de ellos mismos – tienen las horas contadas.

El miedo que atenaza a las autoridades judías se pone de relieve especialmente cuando Jesús abre los ojos de las personas. Así, cuando cura al ciego de nacimiento, los que ostentan el poder quedan aterrados. La razón es que cuando la gente abre los ojos, empieza a hacerse preguntas: *y vosotros ¿qué hacéis ahí con esas máscaras, esas indumentarias, esos distintivos?. Nos dáis órdenes, nos decís qué debemos hacer, reguláis nuestra vida. Pero ¿quién os autoriza a obrar así?*

Las autoridades religiosas tiemblan: *si la gente abre los ojos, si empiezan a cuestionarlo todo, estamos perdidos*. Toda la institución religiosa se fundaba sobre la idea de que el hombre debe servir a Dios. ¿En qué modo?. En el culto, principalmente. Por eso, se requiere un lugar ad hoc: el templo; hacen falta ordenamientos para este servicio: la liturgia; son necesarios individuos para realizarlo: sacerdotes; se requieren reglas: las leyes. Y todo esto es así, porque el hombre debe servir a Dios. El hombre debe desprenderse de lo suyo para servir a Dios, debe sacrificarse por Dios. Todo esto representa la institución religiosa.

Jesús derriba este montaje sin miramientos. Afirma que el Dios que él mismo ha experimentado y que nos propone acoger, no es un Dios que desea ser servido por los hombres, sino un Dios que se pone al servicio de los mismos.

La diferencia entre Jesús y los profetas o personajes carismáticos de la religión es que éstos dilatan hasta el máximo su propia experiencia religiosa, mística y espiritual. Van mucho más adelante que el resto de las personas en el campo espiritual, pero en cualquier caso, permanecen dentro del ámbito de la religión.

Jesús, en cambio, destruye la idea misma de religión, extirpa sus raíces, mostrando su podredumbre. La religión no solo no permitía la comunión con Dios, en verdad la bloqueaba, debido a la idea de sumisión del hombre a Dios, de servicio del hombre a Dios, a un Dios exigente, insaciable.

Jesús dice: *“El hijo del hombre”* – con esta expresión manifiesta su condición divina – *“no ha venido a ser servido, sino a servir”*. El Dios que nosotros conocemos es un Dios al servicio de los hombres, un Dios a quien no tenemos que ofrecer nada, porque es él quien ofrece todo.

Existe en la iglesia un grupo de fieles que se llaman *voluntarios del sufrimiento*. Actúan en buena fe, pero..., su forma de pensar resulta asombrosa. Le ofrecen a Dios el sufrimiento, pensando que Dios se sienta contento de ello. ¡No tiene sentido!. Es Dios quien se ofrece y pide ser acogido. El Dios de Jesús no es un Dios que tengamos que buscar. Si uno se dedica a buscar a Dios, en realidad está persiguiendo la imagen que él mismo tiene de Dios, por lo que acaba

perdiéndose en el laberinto de todas estas religiones, de estos misticismos. Con Jesús, ya no hay que buscar más a Dios. Solo hay que acogerlo e ir hacia los demás con él y como él.

Este es el sentido de la fe. Jesús dice *“No he venido para ser servido, sino para servir”*. Nuestro drama es que no nos lo creemos. No creemos que Dios está a nuestro servicio. Si lográsemos comprender y creer esto, nuestra vida cambiaría completamente.

En la carta a los Romanos Pablo dice: *“Pero si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?”*. El hecho de que Dios esté a nuestro servicio no significa, desde luego, que cambie la vida como por encanto. Las dificultades, las situaciones negativas y dolorosas permanecen tal cual, pero descubrimos una cualidad nueva para vivirlas y superarlas, porque sabemos no estar solos, sabemos que Dios está con nosotros y que existe para nosotros.

En consecuencia, no hay ya necesidad del templo. Ha terminado la época de los templos. El culto que Dios pide es prolongar su amor, y esto no requiere un lugar particular, sino la misma vida del creyente. El único culto que Dios pide es la acogida y la extensión de su amor.

No hay necesidad de un lugar especial, ni hay que hacer peregrinajes a sitios particulares, ni acudir a esos medio brujos que realizan milagros. El único culto que Dios reclama es hacer extensivo su amor. No hay necesidad de reglas, no se requieren mediadores, no hay necesidad de liturgias, nada de todo esto. No hay necesidad de días particulares reservados a Dios, la vida entera del creyente se convierte en culto. Cambia entonces la vida.

Antes decía que Jesús nos libera, nos hace señores. Es decir, no tenemos nadie a quien obedecer, el nuevo culto nos libera. Quien acoge a Dios, con él y como él ama a los otros, llega a ser libre. Esta idea del servicio de Dios es tan importante que Lucas deja constancia de ella incluso en el episodio de la última cena: *“Yo estoy entre vosotros como quien sirve”*.

Terminemos ahora con otra imagen, para dejar tiempo a vuestras preguntas. Jesús dice: *“Imaginaos un propietario que, de repente, retorna a casa de noche y encuentra a sus siervos levantados”* - ¿qué hará?. La respuesta lógica es pensar que exigirá a los siervos que le presten servicio. Jesús en cambio, afirma: *“Hará que se acomoden los siervos, se ceñirá el vestido y pasará él a servirles”*. Resulta del todo incomprensible, pero esta es precisamente la acción del Señor. Si encuentra a los siervos - atención que no dice “sus siervos”, porque nosotros no somos los siervos de Dios, sino sus hijos; nosotros somos siervos de nuestros hermanos, - dedicados al servicio, les dice: *“Descansad ahora, que yo os comunico nuevas energías para aumentar este servicio”*. Este es el proceso de crecimiento de la persona. La persona crece y madura solo en la medida que practica un servicio generoso hacia los demás.

Mañana veremos cómo el servicio hecho por amor no solo no resta dignidad a la persona, antes bien, le confiere la verdadera dignidad. Esto nos permitirá comprender cómo la potencia o no-potencia de Dios se manifiesta en la potencia o no-potencia de nuestra existencia. Un Dios Dio potente se vacía de su potencia a fin que los hombres no-potentes lleguen a ser potentes.

Ahora tenemos tiempo para responder a vuestras preguntas.

Pregunta. El rechazo de la liturgia del que hablaba, ¿cómo lo aplicamos a nuestras eucaristías?.

Respuesta. Con Jesús ya no hay necesidad de ofrecer culto a Dios, porque Dios no lo reclama. ¿Qué es, entonces, la eucaristía?. Ir a misa era, en nuestra educación, un deber, una obligación. Si se faltaba a misa el domingo, el Padre eterno lo apuntaba en su registro y nos amenazaban con castigos enormes. Parece mentira que hayamos creído en esas cosas.

¿Qué es la eucaristía?. ¿Es el momento en que rendimos culto a Dios?. ¿Es nuestra ofrenda a Dios?. ¿O no será, más bien, el momento en que Dios se pone al servicio de la comunidad?. En la última imagen de Lucas que hemos presentado, se halla una referencia clara a la eucaristía. La eucaristía es ese momento en que la comunidad de aquellos que libremente se convierten en siervos de los propios hermanos, descansa unida; momento en Jesús, el Señor, pasa a comunicarle su cuerpo y su sangre, o sea, su misma energía divina, a fin de que pueda proseguir y aumentar dicho servicio.

La eucaristía no es un culto que rendir a Dios, es el momento privilegiado en que Dios se

comunica a los suyos para restaurarles, hacer que retomen las fuerzas para seguir sirviendo.

Por eso, la eucaristía debería ser algo distinto, mucho más vital. ¿Os habéis fijado en el rostro de las personas cuando salen de misa?. Es un espectáculo triste que, ciertamente, no suscitará el interés de los no creyentes: todos serios, gruñones, refunfuñando por el sermón que nunca acababa... Los no creyentes pensarán que dentro de la iglesia sucede algo desagradable. Si en cambio vieran salir a la gente sonriente, llena de vida, desbordando amor, tal vez desearían conocer lo que sucede ahí dentro.

Hay eucaristías de las que es mejor huir en legítima defensa. Son un insulto a la inteligencia de las personas. Eso no es misa, es un rito de burócratas. La eucaristía es un momento rico de vida, un momento exhuberante, en que Dios se dispone a servirnos a cada uno de nosotros, pasa a lavarnos los pies y nos dice: *«Has amado a los otros. Bien, ahora te concedo una capacidad aún mayor de amor»*.. Es necesario salir de misa potenciados, desbordando energía y alegría. Esto sí es eucaristía.

Pregunta. No conozco el tema con toda precisión, pero a partir de mis conocimientos de historia, creo que la primitiva comunidad cristiana, hasta el siglo segundo, vivía la cena de este modo: la persona más anciana partía el pan, y lo distribuía a todos, en un hermoso gesto de división. Después, a partir de los siglos posteriores, se producen muchas transformaciones. La iglesia constantiniana adquiere poder, amplía sus dimensiones. Yo no juzgo ni condeno a nadie, constato solo los hechos. En su lugar, probablemente yo habría hecho lo mismo. Pero era inevitable que en una iglesia tan vasta, no ya una pequeña comunidad de fieles, surgiera la necesidad de reglas para afrontar los problemas que surgían. De ahí también la estructuración cultural subsiguiente.

La iglesia, entonces, sufre la influencia de la filosofía griega y S. Agustín hace algunas cosas buenas y otras menos buenas, metiendo a Platón dentro del cristianismo. La iglesia necesitaba una estructura jurídica, por lo que no podía no adoptar la estructura del Imperio Romano. Nosotros hablamos de “orden” sacerdotal, pero esta palabra no es propia del evangelio. Es la estructura jerárquica del Imperio Romano, que se infiltra en la iglesia.

Después, necesitaba también una organización ritual porque ya no era un grupito que se congrega para partir el pan sin más. Esta ritualización, simbología, indumentaria, etc, la toma del Antiguo Testamento, olvidando que Jesús había estado siempre enfrentado a los sacerdotes de su tiempo, y que había declarado finiquitado ese sacerdocio.

Este aparato permite que adquiera prestigio el clero que era propietario de las tierras. El poder central desaparece y se va desplazando a la tierra. El propietario de la tierra se convierte en señor feudal, y de ahí el obispo –propietario de la tierra- pasa a ser feudal: al final, surge la figura del obispo-conde.

Las mismas iglesias se construyen desde esta lógica. En las iglesias románicas hallamos el presbiterio bien arriba, y el pueblo abajo del todo, pues aunque desde ahí no se ve nada, en realidad no tenía que ver nada. No contaba nada. No estoy juzgando. Es la historia la que habla, era su civilización, era su modo de encontrar a Dios.

Nosotros vivimos en otra civilización. Quisiera repensar el mensaje de Jesús dentro de las categorías, las perspectivas, las exigencias, y los problemas que tenemos nosotros hoy. Sin embargo, la mayor parte de los sacerdotes con los que converso de vez en cuando, no lo piensan así. Consideran que Dios está en su mundo, y que su mundo tiene una lógica.

Yo vivo palpando de cerca la problemática que plantea la vida de la gente. Doy gracias a Dios por estar en Milán, en un contexto hostil, en medio de ateos. He sufrido. Comencé a enseñar en el 68. Imaginad lo que me sucedió, cuántas dificultades. Pero lo agradezco. Me tocó sufrir, pero ese ambiente adverso me ayudó a cambiar el modo de razonar. Un problema grande lo encuentro en el mundo del clero. Es una mentalidad fuera de sitio. Se piensa que sea sagrada, absoluta, y aquí hay un problema grave. En suma, la sacralización gradual de la iglesia empieza a partir del cuarto siglo, antes no era así. ¿Es correcto?.

Respuesta. No puedo hacer más que confirmar y agradecer a Don Vittorio por estas palabras. El drama es que la fe siempre es perseguida por el poder. Desde Constantino en adelante, lo que

era una fe perseguida se convierte en religión impuesta. La Iglesia tuvo que estructurarse de esa forma porque naciones enteras se bautizaban de la noche a la mañana, siempre por motivos políticos. Faltaban conversiones sinceras.

Por esto, hacía alusión ayer a la contaminación de imágenes paganas que se han infiltrado en nuestra idea de Dios. En efecto, a falta de una conversión auténtica, las personas, pese a recibir el bautismo, conservan imágenes religiosas y devocionales que poco tienen que ver con Jesucristo. Una de las páginas más tremendas de la historia de la iglesia la escribió Carlo Magno cuando entró en un pueblo de Francia, acompañado por un sacerdote y por un verdugo. Invitó entonces a la gente a optar o por el bautismo, o por la horca. Ese día rodaron ochocientas cabezas... Y aquellos que se bautizaron, imaginaos con qué entusiasmo lo hicieron. De ser una fe perseguida, el cristianismo paso a ser una religión impuesta, con consecuencias nefastas.

Agradezcamos al Señor infinitamente por habernos enviado un Papa cristiano como era Juan XXIII. Gracias a él, con motivo de la celebración del Concilio Vaticano II, surgió una nueva primavera en la iglesia de la cual estamos solo viendo los primeros frutos, porque el Espíritu provocó un verdadero terremoto que, aunque ahora se pretenda tener de algún modo refrenado, es de dimensiones incalculables. La potencia del Espíritu es tal que iremos viendo los frutos. Hace cuarenta años, de hecho, era impensable hablar de estos argumentos como lo estamos haciendo ahora. Por tanto, demos gracias al Señor por la época espléndida que nos ha tocado vivir.

Pregunta. Desearía conocer lo que usted piensa acerca del sistema del mal. ¿Existe el mal como poder autónomo, como ente independiente?.

Respuesta. En las religiones paganas, había un Dios bueno y un Dios malvado, así de fácil. El bien, la vida, proceden del Dios bueno, el mal y la muerte, del Dios malvado. En la religión hebrea, todo esto fue asumido por un único Dios. Según los textos bíblicos más antiguos, era él quien provocaba tanto el bien como el mal. Por ejemplo, en el capítulo 46 del profeta Isaías, está escrito: “*Yo creo la calamidad y creo el bienestar, creo la luz y creo las tinieblas*”. Más tarde, esta imagen de Dios que creaba también el mal, fue poco a poco atenuada y se pasó a la transferencia de tales características negativas de Dios a un personaje determinado.

En el libro de las Crónicas, en esta misma línea, hallamos un episodio controvertido, un texto que creaba dificultad y que fue, por ello, censurado. En el texto más antiguo, se lee que Dios mandó una peste al pueblo porque David había realizado un censo del pueblo. Pero lo cierto es que Dios mismo había llamado a David y le había encargado hacer tal censo. Y apenas lo hace, Dios le anuncia sorprendentemente que le envía la peste.

Era la imagen de un Dios un tanto esquizofrénico: primero pide a David que lleve a cabo un censo, y cuando cumple esta orden, se enfada con él. Este texto fue censurado y en la segunda versión - en la biblia tenemos ambas-, se dice que satanás movió a David a hacer el censo. La reputación del Padre eterno quedaba a salvo.

Si vemos la figura de satanás, del diablo, en el Antiguo Testamento nos quedamos un tanto desilusionados. Aparece poquísimas veces y no reviste el aspecto de un ser demoníaco, como desarrolló sucesivamente el cristianismo. Es un funcionario de la corte divina que actúa a favor de Dios. En el libro de Job, que es una obra teatral, aparece representada la corte de Dios según el modelo fastuoso de las cortes orientales. Dios da un recibimiento a todos sus hijos. Entre éstos se cuenta también el “*satanás*”, que no es un nombre propio de persona, sino un nombre común referido a una actividad, un oficio.

¿Cuál es la función de este satanás?. Israel – durante el exilio en Babilonia y posteriormente también– estuvo por largos años bajo la influencia de estos regímenes, que dejaron huella profunda en el pensamiento y en el alma del pueblo. En el mundo persa, dentro de la corte real había un funcionario de gran relevancia que venía llamado *el ojo del rey*. Se trataba de un inspector, el inspector general del reino, que viajaba por las provincias, observando el comportamiento de los funcionarios para después hacerle una relación detallada al rey. De acuerdo con la conducta de los funcionarios, el informe del inspector recomendaba el castigo o la recompensa de los mismos y solicitaba el permiso para ejecutarlos.

Este era el papel del satanás. Dios reúne su corte y allí se halla presente también satanás. Delante de todos, Dios dice con orgullo: «*¿Os habéis dado cuenta de la categoría de Job? ¡Qué persona tan extraordinaria, es bueno, pio, esforzado, fiel!. Estoy muy satisfecho de él!*» .Satanás asiente, pero apostilla: «*Sí, ciertamente es óptimo, pero no es tan difícil ser bueno cuando todo va bien. Podrías hacer la prueba de enviarle algún mal y veremos si sigue alabándote*» . Dios acepta el reto y dice: «*De acuerdo, satanás, te permito que lo hagas así*»..

Satanás, pues, es aquél personaje que recorre el territorio observando comportamientos y los traslada a Dios para aconsejar premios o castigos. Esta función queda cancelada definitivamente con Jesús. Todos conocemos el episodio en que Jesús, tras el fracaso del envío de los doce, manda a 72 discípulos (72 significa que son gente de procedencia pagana) a anunciar la buena nueva y regresan satisfechos. Jesús entonces dice: “*Veía a satanás caer del cielo como un rayo*”. Ha acabado la hegemonía de satanás, porque en aquel tiempo satanás no estaba – como después inventaron los cristianos - en el infierno. Satanás era este inspector de Dios, su funcionario que escrutaba en la tierra, veía como se comportaban las personas y volvía para referirlo a Dios, el cual le permitía castigar o premiar.

Pero con la predicación de Jesús de un Dios que no premia a los buenos y no castiga a los malvados, de un Dios que comunica amor a todos sin excepción, ahora ya es inútil que satanás siga espionando, se ha quedado sin trabajo, en paro obrero. Y esto es así porque Dios, independientemente de los comportamientos, ama a los hombres sin ninguna condición. El pobre satanás termina apuntándose al fondo del desempleo con un puntapié que le propina el Padre eterno. Así, se comprende la expresión de Jesús: “*Veía a satanás caer del cielo como un rayo*”. Satanás no tiene ya acceso al cielo. Por esto mismo leemos en el Apocalipsis: “*Ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos*”.

Satanás, el diablo, no tiene ningún poder sobre los hombres. En los evangelios, se asume su figura como imagen de poder. Si Dios es el amor que se pone al servicio de los hombres, entonces su antagonista, su rival, no será sino el poder que domina a los hombres. No hay nada que temer de esta figura.

Pregunta. En este contexto, ¿cómo explica usted la confesión que, a mi juicio, es al mismo tiempo odio y tortura?.

Respuesta. El sacramento debería ser siempre una transmisión gozosa de gracia, y, sin embargo, la gente siente que esta bondad del amor de Dios hace aguas en el marco del sacramento más detestado por todos. Me pregunto cómo se puede haber llegado a una situación tan aberrante.

Afortunadamente – no obstante muchos sacerdotes no se hayan apercebido aun –, en la iglesia se produjo un cambio profundo hace ya más de 25 años en lo que respecta a la comprensión de la naturaleza y de la esencia de este sacramento. Cambió incluso la denominación del mismo. No se llama ya *confesión*, pues con ese término se ponía el acento en la acusación de las culpas, sino sacramento de la *reconciliación*, es decir, el encuentro que vuelve a poner la vida en sintonía con Dios.

En el sacramento de la reconciliación, el acento no recae sobre lo que uno ha hecho, porque Dios sabe mejor que nadie cuáles son nuestras obras y esto al sacerdote no le debería interesar. Además, hay cosas que nosotros consideramos negativas o contrarias a la moral, pero que a los ojos del Señor no lo son. La moral va cambiando, de hecho, y va cambiando también la catalogación moral de los actos. Es absurdo sufrir ahora por cosas que dentro de unos años no serán ya consideradas negativas. Todo esto el Padre eterno lo sabe mejor que nadie.

En el corazón del sacramento no está, pues, la enumeración detallada de las propias miserias, práctica ésta que es siempre humillante, sino la escucha –que es siempre enriquecedora- de las dimensiones infinitas del amor de Dios. Por eso, en el nuevo rito de la reconciliación ha sido colocada en el mismo centro la escucha de la Palabra de Dios. No somos nosotros quienes hablamos, habla Dios. Nosotros prestamos oído a sus palabras.

Es precisamente lo que nos enseña la parábola del hijo pródigo, cuando el padre corre al encuentro de su hijo. El hijo regresa a casa y trae preparado su “*acto de contrición*”: “*Padre, he pecado contra el cielo y contra la tierra*”. Pero al padre no le interesan contricciones ni

arrepentimientos: *Silencio, no digas nada, no me interesa saber por qué has vuelto. Saborea y disfruta de la grandeza de mi amor.* Y comienza así la manifestación espectacular del amor del Padre hacia el hijo. El sacramento de la reconciliación no tiene nada que ver con una vil humillación. Es un momento embriagador en que se palpa con mano la grandeza del amor de Dios.

Pregunta. Quiero hacer una pregunta acerca del sufrimiento. Antes decías que existen personas que la buscan a propósito, tal vez porque están convencidas de que así Dios las querrá más. No me refiero a esto. Hablo del sufrimiento con que inevitablemente nos topamos cada día. Nosotros, cristianos, ¿cómo debemos comportarnos ante el mismo?, ¿qué nos enseña el ejemplo de Jesús al respecto?.

Respuesta. No existe una mística del sufrimiento. El sufrimiento es negativo, por lo que hay que combatirlo y evitarlo. Y cuando no se puede hacer más, entonces es tarea de la comunidad cristiana asumirlo y compartirlo para aliviarlo en la medida de lo posible. El sufrimiento no entra dentro de los planes del Señor. Antes decía que Jesús jamás dijo nada parecido a “*haced penitencia*”, jamás animó a nadie a mortificar la propia existencia. Lo cierto es que debemos hacer todo lo contrario: vivificar la existencia.

Esa mística del sufrimiento que nos acerca al Señor, ¡son auténticas patrañas y estupideces!. Desde luego, existen personas que han reencontrado la fe, se han acercado al Señor, a través del sufrimiento. Pero son muchos más los que abandonan la fe o se alejan del Señor con motivo de las desgracias o de los diferentes dolores que han tenido que afrontar.

La misión de la comunidad cristiana es aliviar el sufrimiento de los otros, compartiendo el peso del dolor y eliminándolo cuando es posible. Es por esto que Pablo, en sus epístolas, ofrece esta indicación preciosa: “*lloro con quien llora*”. Jesús nos ha pedido actuar activamente, y no que nos dediquemos a confortar a las personas.

Aludíamos antes a Job. A Job le suceden todas las desgracias de este mundo: se le mueren los hijos, le arden los campos, todo queda arrasado, destruída la casa. Y por si fueran pocas desgracias, su mujer no deja de echarle todo en cara día tras día. Los amigos, entonces, van a confortarlo. Y Job afirma: «*Entre tantas desgracias, ninguna como la vuestra. También yo, si me encontrase en vuestra condición, sabría decir bellas palabras*».

Jesús no nos pide confortar, sino consolar. ¿Cuál es la diferencia entre ambos verbos?. El conforto es esa expresión verbal que te deja como estabas, si no peor. Consolar significa, en cambio, eliminar la causa del sufrimiento. Debemos trabajar para eliminar, anular, destruir las causas del dolor, y, cuando no es posible, compartirlo juntos. Cuando se comparte el dolor, es mucho más llevadero.

Pregunta. Quisiera que me explicases la frase de Jesús: “*Si quieres seguirme, toma tu cruz y sígueme*”. ¿Qué significado tiene aquí la cruz?.

Respuesta. ¿Recordáis el efecto de la creencia en las divinidades paganas?. Los dioses paganos tienen como característica la felicidad, una prerrogativa exclusiva de la cual están bien celosos. Cuando ven que las personas superan un determinado umbral de felicidad, le envían una desgracia.

En la lista de estupideces religiosas, se escucha continuamente decir: ‘*cada uno tiene su propia cruz*’, ‘*es la cruz que el Señor te ha dado*’, ‘*acepta esta cruz o te vendrá otra más pesada*’. O sea, un Dios celoso de la felicidad de los hombres, que no permite que nadie se escape sin su porción de sufrimiento.

En los evangelios no hay ninguna huella de esto. Jamás en los evangelios se habla de cruz como sufrimiento, ni como condición de la humanidad. La cruz era la tortura que estaba reservada a los peores delincuentes.

Jesús nunca dice que cada uno tiene su cruz. A los discípulos que lo siguen de manera ambigua –porque piensan que se trata del Mesías que va a conquistar el poder y quieren compartir con él el éxito-, les dice: «*si queréis venir tras de mí, cargaos con la cruz*», o sea, aceptad que la sociedad os considere delincuentes, porque si no estáis preparados, llegará un momento en que

todos huiréis. Justo lo que hicieron.

Cuando Jesús dice: «*Si uno no se carga con la propia cruz*», no significa «*si no acepta los sufrimientos inevitables que la vida nos hace encontrar, la desazón, el desánimo, el luto, la tristeza, las enfermedades*». La cruz es la aceptación voluntaria de la pérdida de la reputación, porque era el castigo reservado a los malditos de Dios, a los rechazados de la sociedad. Para seguir a Jesús, es necesario ser personas libres. A todos nos condiciona lo que los demás piensan de nosotros, todos estamos condicionados. Y esto nos lleva a comportarnos de un modo que no es genuino. Fingimos, no hacemos lo que pensamos, por miedo al qué dirán.

Es el deseo de proteger nuestro buen nombre, nuestra reputación, lo que condiciona nuestra vida. Pero si estamos condicionados, no somos libres. Jesús tiene necesidad de personas libres, y, para ello, hay que estar dispuestos a perder la propia reputación. A Jesús lo llamaron loco los propios familiares, lo consideraron endemoniado, blasfemo, borracho, Belzebú. No podía ser de otro modo por lo que respecta a sus seguidores. Quien no renuncia a la propia reputación, no puede seguirlo en libertad.

Es doloroso perder la reputación, pero, una vez que se ha perdido, se encuentra la libertad plena: es una maravilla. Y es doloroso, porque todos queremos ser apreciados, nos importa que piensen bien, pero cuando se pierden estas ataduras, es extraordinario. ¡Poder decir a los demás exactamente lo que se piensa! Una vez que se ha perdido la reputación, no se busca ya más, porque se disfruta la embriaguez de la libertad.

La invitación de Jesús a cargarse con la cruz no consiste en aceptar las cosas negativas de la propia existencia. Se trata, como Jesús, de ser capaces de crecer a través de esta línea del amor, a través de la línea de la libertad. Porque, como dice Pablo, “*donde hay libertad, allí está el Espíritu*”. Si no somos libres, no está el Espíritu.

Pregunta. De nuevo sobre la cruz. Jesús ha salvado el mundo con la cruz. ¿Cómo explica su significado, a la luz de cuanto usted ha afirmado?.

Respuesta. Jesús salvó el mundo a través del amor. Y para ser fiel a este amor, afrontó la muerte más infame. Pero es el amor el que salva, no la cruz. La cruz es un instrumento. Mañana veremos cómo Jesús no se arrastra como una víctima que es conducida al suplicio por la fuerza. Jesús es el triunfador del amor, y por eso no ve la hora de manifestar al mundo su amor, incluso con la muerte.

TERCER ENCUENTRO

Entramos ahora en el momento conclusivo de nuestro encuentro de tres días. La primera tarde vimos cómo, según el Concilio, entre las causas del rechazo de Dios se enumera también la responsabilidad de los cristianos por la falsa imagen de Dios que hemos presentado. La imagen del Dios omnipotente, por ejemplo, supone un escollo con el que tropiezan las personas, porque si Dios es omnipotente, no se comprende la existencia del mal o del sufrimiento. Si Dios es bueno, entonces no es omnipotente, y viceversa. Cuando una persona descubre ser mejor que el Dios que le es propuesto, no puede dejar de volverle la espalda.

Vimos después cómo se había ido formando la idea de Dios en la antigüedad y cómo en el Dios de los hebreos habían confluído las imágenes de los dioses paganos, imágenes que por desgracia contaminaron también la espiritualidad cristiana (el Dios que manda castigos, el Dios celoso de la felicidad de los hombres).

Ayer afrontamos la novedad desconcertante que trajo Jesús. El prólogo de Juan afirma sin dejar lugar a dudas: “*a Dios nadie lo ha visto nunca, el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado*” (Jn 1,18). El evangelio nos invita a dejar a un lado todas las ideas preconcebidas que tenemos sobre Dios, que son fruto de religiones, de supersticiones, de las proyecciones de los miedos y de las frustraciones del hombre, para examinar qué es lo que se manifiesta en Jesús, qué tipo de imagen divina se manifiesta en él.

La novedad que Jesús trajo, por primera y única vez en la historia de las religiones y que será después la causa de su muerte -porque es una novedad tan explosiva que dinamita todo ese

castillo llamado institución religiosa-, es que Dios está al servicio de los hombres.

En todas las religiones, se presenta un Dios que crea a los hombres para ser servido. Jesús dice: *«Eso es falso. Es Dios quien sirve a los hombres»*. Las autoridades religiosas se aterrorizan. Porque un Dios que domina es un Dios de poder que justifica el poder y el dominio que ellos ejercen. Pero si la gente empieza a creer que Dios está al servicio de los hombres, la única forma de ser su representante es ponerse al servicio de estos hombres. Esto supone un renunciar a los privilegios y a la autoridad, lo cual crea terror en quien ostenta el poder. Por eso asesinaron a Jesús.

Esta tarde comprenderemos mejor de qué manera este Dios se pone al servicio de los hombres. Concluiremos viendo si Dios es omnipotente o no, y, si es omnipotente, de qué forma se expresa su omnipotencia.

El primer pasaje que analizamos hoy es un episodio importantísimo, tomado del evangelio de Juan en el capítulo 13. Es el relato conocido como el ‘lavatorio de los pies’.

Estamos en la tarde de la última cena. El evangelista no narra expresamente la institución de la eucaristía, pero el contexto es el de la última cena. En tono solemne, el evangelista dice: *“Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos y que venía de Dios y a Dios volvía..”* (Jn 13,3). Tras una premisa tan solemne, uno se esperaría un discurso de altura, algún acontecimiento relevante. Pero he aquí que acontece algo desconcertante e inesperado a tenor del contexto, algo tan importante que el evangelista lo presenta como en cámara lenta, multiplicando para ello los verbos de la acción descrita. Durante esta cena, Jesús: *“se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma una toalla,”* - lo llamaremos *delantal* para entendernos mejor - *“y se lo ciñe”* (Jn 13,4).

El lavatorio de los pies no se hacía habitualmente durante la cena, se solía llevar a cabo antes de la misma. Por eso, resulta inesperado este gesto de Jesús. Escribe el evangelista: *“Luego, echa agua en un lebrillo y se pone a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con la que estaba ceñido”* (Jn 13,5).

Estos gestos contienen la destrucción del concepto de Dios creado por la religión. Jesús, que representa y manifiesta con una plenitud nunca vista la presencia de Dios, lo manifiesta de una manera completamente nueva. Se pone a lavar los pies de los discípulos. Lavarle los pies a alguien era tarea de los seres considerados inferiores hacia los superiores. Así, tenía obligación de lavar los pies la mujer al marido, el hijo al padre, el esclavo al dueño, el discípulo al maestro. Pues bien, Jesús, que es el maestro, se pone a lavarle los pies a los discípulos. Es algo inaudito, desconcertante, algo que cambiará para siempre el concepto de Dios.

En aquella época, la sociedad era concebida de forma piramidal. Por encima de la pirámide estaba Dios, en el vértice de la misma se encontraba el sumo sacerdote o el rey. A veces, ambos ejercitaban idéntica función: el sumo sacerdote era también rey, el rey también era sumo sacerdote. El último estrato de esta pirámide lo ocupaban los siervos, por debajo de todos. Como esclavos, carecían de derechos civiles.

¿Dónde está Dios?. Dios está arriba del todo, sobresale por encima de la pirámide. ¿Quién es la persona más cercana a Dios?: aquél que ordena y que tiene a más personas debajo de él, o sea, el sumo sacerdote y el rey. Pero Jesús invierte la pirámide, le da la vuelta sin miramientos. Dios no está ya en lo alto, en los vértices del poder del que manda. Dios está abajo, en quien sirve. Se trata de una transformación completamente radical. Lavando los pies a los discípulos, Jesús no se abaja, él que es Dios, sino que eleva a los suyos.

El proyecto de Dios sobre la humanidad es el de un Dios tan enamorado de los hombres que no le basta esta vida terrena que tienen. Desea elevarles y concederles su misma condición divina.

Jesús demuestra lo que significa que Dios está al servicio de los hombres y al mismo tiempo destruye la idea de Dios creada por las religiones, según la cual los hombres están al servicio de este Dios. La verdadera grandeza, la de Dios, no consiste en dar órdenes, sino en servir a los otros. Decíamos ayer que el proyecto de Dios es que cada

hombre llegue a ser señor, o sea, personas que no tengan nadie a quien obedecer. Jesús, el Señor, nos propone a cada uno convertirnos en señores. Decíamos también que Jesús nunca pide que se obedezca ni a él ni al Padre. Invita a todos a asemejarle a él y a Dios.

Dios actúa con los hombres desde abajo, para elevarlos a su mismo nivel. El Señor cumple el trabajo como siervo para que los siervos sean señores. Este es el Dios de Jesús. No el Dios que está arriba, que concede sus gracias a los pobres hombres, los cuales deben continuamente rogarle: *“Escúchanos Señor”*.

Creo que una de las formas de oración más absurdas y ridículas que existen es la repetición del estribillo: *“Escúchanos, Señor”*. Causa extrañeza la figura de este Dios sordo al que hay que suplicar continuamente, este Dios al que es necesario dirigirse con largas letanías y plegarias. El Dios de Jesús no es el Dios que está en un trono y desde esa cómoda posición concede sus mercedes de vez en cuando. Es un Dios que se pone al servicio de los hombres. Y es importante constatar que lava los pies de los hombres, y no otras partes del cuerpo.

En aquél tiempo, la gente caminaba descalza, pues el calzado era un artículo de lujo. Podéis haceros una idea de lo que eran los caminos. Eran de tierra batida, por lo que los pies se ensuciaban de tierra, de fango, de polvo, todo ello mezclado con el estiércol de los animales. Los pies eran la parte más sucia e impura de los hombres. Jesús, que es Dios, no espera a que los hombres se hayan purificado para dejarles que se le acerquen. Es él quien los acoge y purifica.

Ayer charlábamos sobre el cambio de la religión a la fe. La religión es todo cuanto el hombre debe hacer por Dios, la fe es lo que Dios hace por el hombre. En la religión, el hombre debe merecerse el amor de Dios, en la fe, el amor de Dios no es objeto de mérito, es un don gratuito que se acoge y basta. Otra de las características de la religión es que el hombre debe ser digno para poder acercarse al Señor. Y la impureza se convierte en un escollo al que, de algún modo, hay que poner remedio. Con Jesús, sucede al contrario: es su acogida la que hace que el hombre llegue a ser digno y puro.

El hombre no tiene necesidad de purificarse. Con frecuencia, encontramos personas que viven situaciones catalogadas como impuras por la religión o bien por la moral. Pero no es tan claro que el Señor vea las cosas así. El Señor no es un personaje melindroso que exiga que las personas pasen primero por una antesala de purificación antes de permitirles el acceso a él. Se hace el encontradizo y es él quien comienza a purificar al hombre de la parte más sucia e impura que tiene. Esta es la actividad de Jesús y la actividad de Dios.

Decíamos ayer que la acción de Jesús supone una alarma para la autoridad religiosa, que había constituido una estructura bien definida. Para servir a Dios, era necesario contar con un lugar especial (el templo), unos días particulares (las fiestas), unos mediadores cualificados (los sacerdotes), unas prescripciones concretas (litúrgicas y legales).

Con Jesús, todo este tinglado se va al garete, y la relación con Dios recupera la inmediatez. Además, quien recurre a todas esas mediaciones de la institución religiosa, interpone obstáculos entre sí y Dios, coloca impedimentos entre sí mismo y el Dios que desea solo lavarle los pies. Jesús se acerca al hombre de forma inmediata, sin dejarse condicionar por ningún tipo de obstáculo.

Pero el gesto de Jesús no fue aceptado. No fue aceptado por un discípulo – tal vez el único que captó el verdadero alcance del lavatorio y no lo quiso digerir tal cual. Continúa la narración del evangelio: *“Llega a Simón Pedro y éste le dice:”* - Pedro se estremece – *“«Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?»”* (Jn 13,6). Pedro ha comprendido. En este evangelio, Pedro pretende ser el líder del grupo, la cabeza del mismo. Pedro se ha dado cuenta de todo: si Jesús, que es el maestro, el verdadero líder del grupo, lava los pies a los discípulos, es claro que a él le tocará la misma suerte. Por eso Pedro resiste, no quiere hacerlo, y dice compungido: *«Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?»*.

La réplica de Jesús es inmediata y fulminante: *“Respondió Jesús: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde»*. Le dice Pedro: *«No me lavarás los pies jamás»”* (Jn 13,7-8). Pedro rechaza. Sabe que si acepta que Jesús le lave los pies, él tendrá que

hacer lo mismo con los otros. Quien vive en un ámbito de poder, no acepta la idea de un Dios al servicio de los hombres. Si presentamos un Dios potente, un Dios que domina, de algún modo nos sentimos legitimados para dominar y ejercer el poder en su nombre. Pero si la gente empieza a creer que Dios no domina, que Dios está al servicio de los hombres, entonces ¿quién se puede permitir el lujo de dar órdenes?, ¿quién puede dirigir la vida de los otros desde arriba?.

En la reacción de Pedro, en su rechazo, el evangelista denuncia que las personas obsequiosas con el poder son aquellas que aspiran a poderlo ejercer. ¡Cuidado con las personas muy obedientes!. Son personas que, si pueden, desean ejercer el poder más aun que las personas a las que obedecen. Los perfectos obedientes son los que esperan poder dar órdenes algún día. Defender el rango de alguien, quiere decir defender el propio rango. Por ello, no aceptar el gesto de Jesús equivale a no estar dispuesto a comportarse como él.

Frente al rechazo de Pedro, Jesús no se presta a negociaciones. Le pone delante una disyuntiva cruda: aut aut. *“Le responde Jesús: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo»” (Jn 13,8)*. Esta condición tajante es válida no solo para Pedro, sino para todos los creyentes o seguidores de Jesús. Si no se acepta el dejarse lavar los pies, y por consiguiente, la disponibilidad a lavar los pies de los otros, no se tiene nada que ver con Jesús.

La única garantía de estar en comunión con Jesús no procede de un rito, no consiste en un estilo de vida religioso, espiritual, ni siquiera en devociones ni plegarias. El seguidor de Jesús es alguien que sirve a los demás. Es ésta la única garantía de autenticidad, no existen otras. El mismo Jesús lo dice sin ambages: *“Si no te lavo, no tienes parte conmigo”*. Quien no acepta el servicio de Jesús, no pertenece a la esfera de un Dios que está al servicio de los hombres.

Simón, este Pedro, es un discípulo en el cual los evangelistas resumen y concentran de algún modo todas nuestras astucias y pillerías. Dado que Jesús lo ha colocado entre la espada y la pared, se saca de la manga la carta del rito religioso. *“Dice entonces Simón Pedro: «Señor, si es así, no solo los pies, también las manos y la cabeza»” (Jn 13,9)*. ¿Qué pretende decir Pedro?. Se acercaba la fiesta de la Pascua, y para celebrarla –según la religión- era necesario proceder a diversos ritos de purificación: manos y cabeza. La causa de esta ritualidad se halla una vez más en la concepción religiosa de que el hombre es impuro y necesita lavarse antes de acercarse a Dios. Pedro, que ha comprendido bien que debe ponerse al servicio de los otros y no tiene ganas de hacerlo, juega sus últimas bazas: hagamos un rito religioso.

Pero Jesús no está dispuesto a entrar en ese juego. *“Dice Jesús: «El que se ha bañado, no necesita bañarse. Está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos»” (Jn 13,10)*. Lo que purifica al hombre no es un rito de purificación, sino el gesto de servicio a los demás. Lo que pone al hombre en comunión con Dios no es la participación en ceremonias rituales, sino los efectos que dicho rito pueda tener en su comportamiento hacia los otros.

Veamos ahora la conclusión de este pasaje. Primero hemos visto que Jesús se levanta, se quita el vestido, toma el delantal y se lo ciñe. Ahora, escribe el evangelista, *“después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, se reclinó en la mesa y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?»” (Jn 13,12)*.

Veamos los gestos paso a paso. Jesús se ha levantado y ahora se sienta reclinado. Se ha despojado de los vestidos, ahora los toma de nuevo. Pero hay algo que se ha olvidado de hacer, y se ha olvidado a propósito. Se puso el delantal para lavar los pies de los discípulos, pero no se dice que después se lo haya quitado. Esta es una indicación preciosa, que nos permite vislumbrar lo que significa la omnipotencia de Dios.

Jesús no se presenta revestido con indumentos sagrados, ni vestimentas religiosas. Su único toque distintivo es el delantal, del que no se despoja. Y si no se lo quita, no es por un descuido del evangelista, sino porque éste quiere decirnos que el delantal, o sea, el servicio hecho por amor, es el elemento propio y característico de Jesús.

No es la indumentaria sagrada, ni los distintivos religiosos, ni amuletos o cosas por el estilo lo que garantiza la comunión con el Señor, sino el delantal. Aquel que voluntariamente, por amor, se pone al servicio de los otros, es quien representa al Señor. Con este relato, Jesús indica que el servicio no solo no disminuye la verdadera dignidad al hombre, sino que, por el contrario, se la

confiere. Sirviendo a sus discípulos, Jesús ha mostrado la verdadera dignidad, la dignidad de Dios. El Espíritu –la fuerza del amor de Dios- no desciende cuando los hombres alzan las manos al cielo para invocarlo, sino cuando las bajan para servir a los demás. Esa es la única certeza, la única garantía de poder recibir el Espíritu del Señor.

Y Jesús, para evitar que su gesto sea malentendido como manifestación simbólica de humildad, afirma: “*«Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, pues lo soy. Si, pues, os he lavado los pies a vosotros, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros»*” (Jn 13,13-14). Para Jesús, ser el Señor, ser el maestro, no significa colocarse por encima de nadie, sino por debajo.

Si lo reconocen como el maestro, deben aprender de él: el maestro es el que enseña. Si lo reconocen como Señor, deben adherir a su persona. Reconocer a Jesús como Maestro y Señor implica aprender a lavarse los pies de manera recíproca.

Lavarse los pies recíprocamente es un deber. Este verbo ‘deber’ tiene la misma raíz que la palabra deuda. Lavar los pies de los demás no es un gesto de santidad, una acción encaminada a hacer resplandecer la propia aureola, sino una deuda que pagar en relación a los demás. El amor, que se traduce en servicio, sirve solo para pagar la deuda contraída. No es un modo de adquirir méritos, sino una prueba de estar envueltos en el amor del Señor.

Y concluye Jesús: “*«Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como he hecho con vosotros»*” (Jn 13,15). No es solo un ejemplo virtuoso que Jesús muestra, es una capacitación. Transmite ese amor, esa capacidad de amor, para que quienes la reciban sean capaces de hacerlo con los otros.

Si el evangelista coloca este gesto de Jesús en el contexto de la última cena, es porque desea poner de relieve su significado profundo. La última cena no es el momento en que la comunidad presta un culto a Dios, porque Dios no lo reclama. Dios no quiere nada del hombre, es él quien se le comunica plenamente. La eucaristía, pues, es el momento en que Dios pone todas sus fuerzas y energías al servicio de los hombres.

El lavatorio de los pies es un pasaje de gran importancia: nos hace comprender quién es Dios. La figura de Dios con el delantal hace que cambie la vida. En la carta a los Romanos, Pablo pregunta por qué razón éstos se angustian, cuál es el motivo de su preocupación. Si Dios está con ellos, no hay motivos para la ansiedad. No quiere decir, naturalmente, que desaparezcan las situaciones desagradables o los acontecimientos negativos de la propia existencia, pero se recibe una capacidad nueva para vivirlos de modo adecuado.

Al final del relato del lavatorio, comienza una larga enseñanza de Jesús, a partir del capítulo 15, con la famosa imagen de la vid y los sarmientos. Veremos la parte que nos interesa, los versículos que hacen referencia a la omnipotencia de Dios. Son textos de una enorme fuerza, que pueden cambiar nuestra relación con Dios, y, consecuentemente, con las personas. Tras haberles lavado los pies, Jesús anuncia a sus discípulos: “*Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador*” (Jn 15,1).

Entre tantos árboles que podía elegir, no acaso Jesús elige la vid. Más adelante comprenderemos el por qué. Desea poner de relieve la transmisión de la linfa vital que fluye a través de las ramas y se transforma en fruto. Comienza con una declaración: “*Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta*” (Jn 15,2).

Coloquemos esta enseñanza de Jesús en el contexto del gesto que ha cumplido. Jesús, el Señor, se ha hecho siervo para que los siervos se sientan señores. Ha lavado los pies a los discípulos, comunicando así todo su amor. El es la vid, la linfa vital de este amor que se transmite al sarmiento. Pero el sarmiento (está hablando, naturalmente, de los miembros de la comunidad cristiana) que, no obstante haber recibido este servicio de amor por parte de Jesús, rechaza servir a los otros, es un sarmiento inútil. El sarmiento que, a pesar de haber recibido en la eucaristía a Jesús que se hace pan, no se hace pan para los demás, es un sarmiento inútil.

El valor de la persona consiste solamente en el bien concreto que realiza para los demás. Jesús no juzga el valor de las personas de acuerdo con sus devociones, oraciones, espiritualidad, ni por su asidua participación en el culto. El único criterio es la capacidad de poner la vida al servicio de los otros, es decir, la generosidad. Todos pueden ser generosos, menos los ricos. Si

los ricos fueran generosos, no serían ricos. La generosidad no depende de la cultura, no depende de la salud, no depende de nada. El único criterio que da valor a la persona es la generosidad. Vale la persona en la medida que es generosa.

Es por esto que Jesús desea que en su comunidad todos sean señores. Señor es aquél que da. En cambio, no hay sitio para los ricos. El rico es aquél que posee, y no hay espacio en la comunidad de Jesús para aquél que retiene para sí. En la comunidad de Jesús todos son señores, o sea, todos son capaces de dar.

Jesús subraya que si el sarmiento, aun manteniéndose unido a él y recibiendo la linfa vital de su servicio y amor, no transforma todo en fruto para los demás, es inútil. Pero ¡atención!, Jesús añade que no son los otros sarmientos, ni siquiera la vid, sino el mismo agricultor, el Padre, quien lo corta. Nadie es juez del crecimiento y del fruto de los hermanos. ¡Ay de quien se sienta autorizado a juzgar al propio hermano!. La palabra produce frutos distintos en cada persona, de acuerdo con ritmos y modalidades distintas. Depende del tejido espiritual, moral, social de cada uno; depende de la historia personal, depende de tantas cosas.

Jesús es claro en sus palabras: no son los sarmientos los que juzgan o eliminan a aquellos otros sarmientos que no producen fruto. Esto es obra del Padre. El Padre sabe si la linfa que han recibido produce fruto o no lo produce. El miembro de la comunidad que no se hace pan para los otros, por mucho que rece, por muy pío que pueda ser, es un sarmiento inútil. Las personas pías normalmente son las más inútiles del mundo porque están tan ocupadas en su relación con Dios que no tienen tiempo de pensar en los demás. Son las más peligrosas de encontrar en los momentos que se pasa necesidad, porque suelen decir: “Te recordaré en la oración”, pero no mueven un solo dedo. ¡Cuidado con las personas pías!. Jesús no lo era y no nos invitó a serlo. No nos invitó tampoco a alzar las manos al cielo para cantar aleluya, nos invitó a bajarlas y a ensuciarlas para servir a los hermanos.

Estos textos que estamos comentando son de una riqueza extraordinaria. Yo siempre me siento inadecuado para presentarlos, porque no llegamos ni siquiera a intuir de lejos su contenido sublime. Ahora veremos un versículo maravilloso. Espero que podamos hacerle espacio en nuestros corazones, porque posee una potencia increíble, y puede realmente cambiar la vida de las personas.

“Y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto” (Jn 15,2). Es una frase extraordinaria. El sarmiento, o sea, el individuo que recibiendo amor, no lo comunica a los demás, es inútil. Si no hay amor, somos inútiles. Y el Padre –no los otros sarmientos ni la vid- lo elimina. Pero la persona que recibe esta linfa vital y se hace pan para los otros – sucede algo fuera de lo normal- el Padre la purifica para que produzca más fruto.

En el pasado, por desgracia, el verbo purificar solía ser traducido con “podar”, lo cual dio origen a una serie de imágenes tremendas sobre Dios. Dios era presentado como un viñador medio loco que paseaba por la viña buscando sarmientos que dieran buen fruto para podarlos sin piedad.

La podadura, en realidad, es una operación difícilísima, porque en caso de error, puede causar daños irreparables a la vid. Según un cierto espiritualismo desfasado, todo lo desagradable que ocurría en la vida (desgracias, lutos, pérdidas, etc) era considerado como una poda que el Señor hacía. Para hacernos crecer en el camino de la santidad, el Señor nos quitaba un hijo, nos quitaba la salud, se llevaba al cónyuge. En suma, el sufrimiento entendido como instrumento de crecimiento.

Era un modo de razonar semejante a lo que decíamos ayer respecto a la cruz: mejor no intentar librarse de la cruz presente, porque si el Padre eterno se da cuenta, nos puede enviar otra peor... Estas imágenes, asociadas con la voluntad de Dios, no podían dejar de provocar un gran rencor hacia este Dios que poda a las personas y poda todo tipo de afectos. Esta imagen distorsionada de Dios hizo que su voluntad coincidiese siempre con las situaciones más tristes de la propia existencia. La gente dice “hágase la voluntad de Dios” solamente cuando no puede ya evitarlo, cuando frente a una enfermedad, frente a una calamidad o desgracia, se encuentra entre la espada y la pared: ¡hágase la voluntad de Dios!. Entonces se decía que es el Señor quien poda.

Jesús nunca dice que el Padre, el viñador, pode. Dice que el Padre purifica. La acción de Dios es

la liberación constante, creciente y progresiva de todos aquellos elementos nocivos que impiden que el sarmiento produzca más fruto.

Al viñador le interesa que el sarmiento produzca cada vez mejores y más abundantes frutos. Por eso, elimina lo que es nocivo y purifica el sarmiento. Esta es la obra exclusiva del Padre.

En algunas espiritualidades se insiste en que es el hombre quien debe escrutarse a sí mismo, comprobar los propios defectos, individualizar las tendencias negativas que tiene y empeñarse a superarlos y extirparlos a través de la ascesis. Nada de eso. Con esta frase de Jesús que estamos comentando, se acabó el examen de conciencia, ese examen minucioso que centra a las personas en torno a sí mismas.

Jesús nos pide únicamente preocuparnos de aumentar el amor y el servicio hacia los otros. Si hay algo negativo en nuestra existencia, si hay algo nocivo, el Padre se encargará de eliminarlo. No toca a nosotros hacerlo. El individuo no tiene que hacer una lista detallada de los propios aspectos negativos para tratar de extirparlos. Esta actitud causa desastres tremendos en la propia existencia.

Decíamos ayer que la moral cambia continuamente. Cosas que hoy están permitidas, hace cien años constituían pecado grave. Dentro de cien años, se reirán de nosotros, y se asombrarán de nuestra estupidez, por las cosas que hoy día nosotros consideramos pecado.

Si la persona intenta eliminar elementos de la propia existencia (como ciertas tendencias o defectos) porque la moral dice que son cosas negativas, cosas que la religión condena como pecado, en realidad, se desequilibra a sí misma. ¿Quién puede asegurar que a los ojos del Señor se trate de cosas realmente negativas?.

En la primera carta de Juan, encontramos una frase extraordinaria del autor, un miembro de la escuela de discípulos de Juan. El autor invita a amar. Invita a amar sin preocuparse de nada, y dice: *“En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestro corazón ante él”* - el corazón en el mundo hebreo, no es la sede del afecto, sino lo que hoy llamamos la conciencia – *“en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo”* (1 Jn 3,19-20). Es una frase extraordinaria. Nuestra conciencia resulta modelada según la moral en vigor, que hace considerar buenas algunas cosas, negativas otras. Pero dice el autor de este texto: aunque tu conciencia te reproche algo, Dios es infinitamente más grande que tu conciencia.

Se trata de preocuparse de una sola cosa, de amar. Si en la vida existen aspectos negativos, será tarea del Padre eliminarlos de forma constante y progresiva. Ni el individuo, ni los otros sarmientos, ni tan siquiera Jesús, que es comunicación incesante de amor, deberán dedicarse a eliminar los elementos nocivos. Corresponde solo al Padre. Y si los elementos supuestamente nocivos permanecen en nosotros, quiere decir que, a los ojos del Señor, después de todo no serán tan negativos.

Este versículo puede concedernos mucha serenidad en nuestra relación con Dios. No hay de qué preocuparse, únicamente hay que empeñarse en aumentar la capacidad de amor que se hace servicio para los demás. De las cosas negativas de la existencia se ocupa Dios, no toca a nosotros hacerlo.

Cuando las personas se centran sobre sí mismas, en torno a los propios defectos, límites, miserias, consumen (o mejor, desperdician) las energías que deberían usar al servicio de los demás. Jesús rechaza sin paliativos la idea inalcanzable de la perfección espiritual, que no es sino un pedestal erigido al propio ego. Es una idea tan lejana e inalcanzable como la ambición desmedida que la sustenta. El servicio al prójimo es inmediato y concreto.

Y anuncia Jesús: *“Vosotros ya estáis libres”* – es decir, ya estáis puros o limpios – *“por el mensaje que os he anunciado”* (Jn 15,3). Existe una pureza inicial que depende de la acogida del mensaje de Jesús, la buena noticia. Acoger a Jesús no disminuye a la persona, la potencia. Acoger el mensaje de Jesús no limita a la persona, le comunica energías nuevas y la hace limpia, transparente. El mensaje de Jesús y el hombre están hechos el uno para el otro.

Añade entonces: *“Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no*

permanecéis en mí” (Jn 15,4). Finalmente hemos llegado al núcleo de la cuestión. Pero ¿es Dios omnipotente o no lo es?. Depende. Por la vid fluye la linfa vital; si la linfa encuentra sarmientos que la acogen, ésta se transforma en fruto, pero si los sarmientos no están unidos a la vid, aunque la linfa sea abundante, el fruto no se produce. ¿Qué quiere esto decir?. Quiere decir que Dios es amor, y que el amor es, sin duda alguna, omnipotente, el amor puede hacerlo todo, pero si este amor no encuentra canales por los que discurrir, recipientes en los que derramarse, permanece inerte sin remedio, no produce frutos.

Si queremos hablar de omnipotencia de Dios, hemos de tener en cuenta que nos referimos siempre a una omnipotencia de amor. Una omnipotencia que, por ello, está condicionada por nuestra acogida. Si nosotros, sarmientos, no permanecemos ligados a la vid, la linfa resulta inutilizada. Y vale también la afirmación contraria: la omnipotencia de Dios, la omnipotencia del amor, tiene necesidad y está condicionada por nuestra acogida en la existencia. Dios no tiene ningún modo de manifestar su providencia excepto nuestra solicitud amorosa hacia los otros. No se puede hacer creer a las personas que Dios es providente si nosotros no somos una imagen viva de esa providencia.

Os cuento una historia que escuchaba a mis padres cuando era pequeño. Yo nací en el año 1945, justo después de la guerra mundial. Mis padres vivían en una situación económica bastante difícil. En la casa de al lado, vivía una señora rica, propietaria de muchos terrenos. Era una señora devota, como suelen ser los ricos. Cada semana venía el campesino que labraba sus tierras y le traía los sacos que contenían los productos del campo. Esta señora, entonces, solía decirle a mi padre: “¿Has visto, Alfredo, cómo la providencia se ha acordado de mí?”. Un día, mi padre le dijo: “pero esa providencia, ¿no se equivoca nunca de puerta?”. Si esa señora tan pia y devota, hubiera compartido con mis padres en necesidad una parte de esa providencia, les habría sido fácil creer en la existencia de la misma.

La providencia de Dios se puede manifestar solamente a través del cauce de nuestra propia providencia, el amor de Dios, a través de nuestro amor, el perdón de Dios, a través de nuestro perdón. Y quien así lo hace, ve cómo crece y se potencia la propia existencia.

Continúa hablando Jesús: “*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada*” (Jn 15,7). Sin el amor, el hombre no vale absolutamente nada. Lo único que vale en la vida es el bien que se hace a los demás. El resto, carece de valor.

Veamos a continuación la razón por la que Jesús habla expresamente de la vid: “*Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden*” (Jn 15,8). Jesús emplea la imagen de la vid, porque en el libro del profeta Ezequiel aparecía la imagen de Dios que dice: “*¿De qué puede gloriarse la madera de la vid en comparación con todos los demás árboles del bosque?. ¿Acaso se hacen objetos usando esa madera?*”.

La madera de la vid no tiene utilidad alguna, con ella no se puede elaborar ningún tipo de objeto que pueda servirle al hombre. Sirve solamente para transmitir la linfa vital, pero después acaba siendo quemado. Jesús, con esta imagen, quiere dejar claro que el sarmiento tiene valor solo en la medida que produce fruto. De otro modo, no sirve absolutamente para nada, solo para ser quemado.

Dejando atrás algunos versículos llegamos ahora a “*Como el Padre me ha amado a mí, del mismo modo os he manifestado mi amor. Permaneced en mi amor*” (Jn 15,9). Jesús ha mostrado el amor del Padre en el servicio. Quien desee acogerlo, debe permanecer en idéntica actitud. “*Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*” (Jn 15,10). Jesús dejó a su comunidad un único mandamiento, solo uno, que sustituye a los diez de Moisés.

Es interesante constatar cómo – debido a la superficialidad, a la ignorancia, al escaso conocimiento de los evangelios, y por culpa también de ciertas predicaciones -, cuando se pregunta a un grupo de cristianos, más o menos competentes, cuál es la enseñanza respecto al amor que Jesús nos ha dado, suelen responder casi siempre: “*ama a tu prójimo como a ti mismo*”. Esta enseñanza, sin embargo, no corresponde a la realidad. Jesús pronunció esa frase en un contexto determinado, y referida exclusivamente al pueblo judío. No estaba dirigida a su

grupo de seguidores. El máximo de la espiritualidad hebrea era un amor total a Dios: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, etc., y al prójimo como a ti mismo*”. Este es el vértice más alto de la espiritualidad del hebraísmo.

Jesús, por su parte, toma las distancias. El único mandamiento, y no existen otros, que deja a los suyos reza así: “*Os doy un mandato nuevo*” - el término nuevo, significa en este caso una cualidad que suplanta, que sustituye al resto – “*que os améis unos a otros como yo os he amado*”.

O sea, el modelo del amor, la medida del mismo, no es el hombre. No debo amar al prójimo como me amo a mí mismo, porque soy un ser limitado, y, en consecuencia, ese amor sería inevitablemente limitado. Jesús invita a amar como él ha amado. Y ¿cómo nos ha amado?. No se refiere aquí a la muerte en cruz, que aun debe acaecer. Jesús ha amado a los suyos poniéndose a su servicio. En otras palabras, el amor recíproco supone convertirse en siervos unos de otros, como él hizo.

A continuación, pronuncia unas palabras espléndidas, que sin embargo, muchas personas miran con recelo: “*Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea rebosante*” (Jn 15,11). El primer día, comentábamos cómo los dioses paganos poseían el privilegio de la inmortalidad y de la felicidad, de la cual eran muy celosos. Intervenían, de hecho, para abajar el nivel de felicidad de los hombres cuando éste alcanzaba cotas elevadas. Hoy en día, muchos cristianos piensan aún que suceda igual con Dios, creen que Dios tiene siempre preparado un dolor o una desgracia para templarle los ánimos al hombre, para bajarle los humos. La gente, a veces, se halla tan angustiada con esta imagen de Dios, que no consigue gozar en plenitud los momentos de serenidad y alegría que también forman parte de nuestra vida.

Pero Dios desea que el gozo de Jesús, o sea, la alegría divina, sea patrimonio nuestro. Jesús afirma: “*Os he dicho esto*”. Con esta introducción, refuerza su argumentación, como queriendo indicar que las imágenes del Dios juez, el Dios que condena, el Dios que castiga, son meras invenciones de la religión para dominar a los hombres. Dios está enamorado de los hombres, como el dueño de la vid, que suspira porque el sarmiento produzca fruto y se preocupa de eliminar cuanto se lo impide.

“*Os he dicho esto para que el gozo*” – y Jesús subraya – “*mío*”, “*mi alegría*” - no un alborozo cualquiera, sino la alegría del hombre-Dios – “*rebose en vosotros*”. ¿Por qué dice “*rebosante*”? Porque debe expandirse, comunicarse a los demás.

La característica del cristiano es la alegría, no las caras largas. Algunos cristianos parece que usan zapatos estrechos, siempre están serios y tristes. Parece que si el cristiano no sufre, la cosa no es seria. La gente que sale de misa, a veces, parecen salir de la oficina de los impuestos. Muchas personas no salen de la iglesia rebosantes de alegría, dispuestas a comunicarla a manos llenas.

Y no obstante, Jesús dice: “*Os he dicho todo esto*”. ¿Qué es lo que nos ha dicho Jesús?. Nos ha exhortado a no tener temor ni preocupación alguna respecto a Dios. Dios es amor, es exclusivamente bueno. El único modo que tiene de relacionarse con nosotros es una comunicación creciente e incesante de amor. Dios no juzga, no castiga, no amenaza. No ama a quien se lo merece y castiga al malvado. Comunica su amor a todos indistintamente. Es esto lo que nos ha dicho, palabras que nos permiten respirar serenos, sin desasosiegos ni ansiedad.

Ni siquiera tenemos que hacer el examen de conciencia para comprobar si nos hemos portado bien. Es más importante comenzar cada jornada pensando cómo hacer para alegrar la vida de las personas con quienes convivimos o con las que entramos en contacto a lo largo del día. Esta es la única preocupación del creyente: hacer que la alegría sea desbordante y se transmita a otros.

Concluamos con otro aspecto importante que los cristianos descuidamos con frecuencia. Dice Jesús: “*Sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando*” (Jn 15,14). Amigos de Jesús, pues, amigos del hombre-Dios. Y la amistad presupone una relación recíproca, una relación de paridad, en la que ambas partes quedan vinculadas estrechamente y se interesan del bien del otro. Así es la relación con Dios. No siervos de Dios, ni súbditos, ni esclavos de Dios. Es una relación de amistad.

Esto era tan evidente para la primitiva comunidad cristiana, que fueron capaces de elaborar una nueva mentalidad y una nueva actitud en relación a Dios. Una de las características de la religión es la del sometimiento a Dios. Tal sumisión se manifestaba, por ejemplo, en la oración. ¿Cómo se dirige uno a la divinidad mediante la oración?. Si Dios es potente, es necesario comportarse con él como nos comportamos con los poderosos. Y ¿cómo es la relación con los potentes?. Bien, cuando el amo llamaba al siervo, éste debía correr para responder a la llamada, y, en señal de sumisión, se ponía de rodillas ante él. Ahora bien, ¿qué significa arrodillarse?. Significa inmovilidad. Y, en señal de acatamiento, el siervo juntaba las manos ante su dueño.

Los cristianos, que habían saboreado la novedad enorme del mensaje de Jesús, comprendieron que este tipo de expresión corporal no era el adecuado para expresar la nueva relación con Dios. No se sentían sometidos a Dios, sino hijos suyos. Por eso, no rezaban puestos de rodillas, sino de pie. Y no lo hacían con las manos juntas, sino alzadas, a fin de recibir un abrazo de amor.

Concluye Jesús: *“No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo, a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,15)*. Jesús quiere que tengamos una relación de amistad con él y con el Padre. La amistad da por supuesta la ausencia de temor, presupone plena confianza e intimidad. Y, en modo particular, la amistad se pone de manifiesto cuando una de las dos partes comete una equivocación. Sucede a veces, incluso en las mejores relaciones de amistad, que se cometen errores. En esos casos, el verdadero amigo no se irrita, ni se ofende, ni espera pasivamente que el otro solicite ser perdonado. El verdadero amigo se pone siempre en la piel del otro, y se anticipa a curar las heridas y a restablecer la relación cordial y amistosa.

Esto es precisamente cuanto Jesús nos ofrece y espera de nosotros. Pero existe una cláusula, una condición sine qua non, que no puede pasarse por alto: *“Si hacéis lo que yo os mando”*. En otras palabras, la relación de amistad con Jesús es posible solamente si la persona pone su propia vida al servicio de los otros.

Concluimos aquí la intervención de hoy. Ahora dejamos espacio para vuestras preguntas. Había preparado también otro material interesante para presentaros: un comentario sobre el momento en que Jesús manifiesta toda la grandeza de su dignidad. Os digo dos palabras solamente. Se trata del momento del proceso al que es sometido Jesús, cuando es flagelado y le arrancan la carne con los azotes. Es entonces presentado a la gente sin ningún asomo de gloria humana, y Pilatos dice: *“Ecce homo”*, “he aquí el hombre”, que en definitiva quiere decir, he aquí el proyecto de Dios sobre la humanidad, esta es la persona capaz de tener siempre amor y solo amor. Pero las autoridades religiosas, encontrándose frente a la realización del proyecto de Dios sobre la humanidad, no están dispuestas a asentir y solicitan a gritos que sea quitado de en medio.

Jesús había sido presentado por el evangelista como el cordero que quita el pecado del mundo; los representantes del pecado del mundo quieren, en cambio, quitar a Jesús de en medio. De la figura de Jesús, que se presenta como el “Ecce homo”, o sea, como la realización del proyecto de Dios, emana una luz tan fuerte que los que viven en las tinieblas no pueden soportarlo: la luz de Jesús les deslumbra.

La gloria de Dios se manifiesta más que nunca en el momento en que cualquier resto de poder, de supremacía, de dignidad real es literalmente arrancado de la piel de Jesús. Jesús es el único santuario en el que se manifiesta e irradia la gloria de Dios. Todos cuantos lo acogen y forman parte de su comunidad, constituyen con él este único santuario. Y cuando se vive en la atmósfera del único santuario, no se siente ninguna necesidad de ir a buscar sucedáneos de santuarios por otras partes.

Pregunta. (no se escucha bien la grabación)

Respuesta. Ayer os decía que la cruz no es para todos, es solamente para los que siguen a Jesús, y significa la pérdida de la reputación. Una vez, me sucedió que una religiosa protestaba airadamente, descontenta ante estas palabras. Insistía la religiosa en la idea de que cada uno tiene la propia cruz. Bien, yo lógicamente respeto el pensamiento de cada cual. Si alguien quiere quedarse con su idea de sufrimiento, de cruz, es libre de hacerlo, faltaría más.

Mi tarea aquí es proponer un mensaje, no imponerlo. Deseo solo compartir con vosotros lo que creo y vivo. Quien experimente que este mensaje le supone un plus de alegría, de serenidad, de libertad, que lo acoja. Quien, en cambio, se sienta turbado, pues que se quede con sus convicciones. Lo importante es proponer y abrir caminos, pero sin ningún tipo de imposición.

Pregunta.(no se escucha bien la grabación)

Respuesta. El flujo vital que produce vida constituye siempre una corriente dinámica. El agua, si quiere producir vida, tiene que fluir. Cuando el flujo vital queda estancado, entonces se produce solo podredumbre. Si la sangre deja de circular por nuestras venas, surge la cangrena. Así pues, el individuo que –aun recibiendo este amor- no lo transmite a los otros, rechaza vivir el amor en el servicio porque elige el dominio y el poder, se convierte en un muerto viviente.

En los evangelios, todos aquellos que viven en el ámbito del poder son considerados cadáveres ambulantes: físicamente viven, dentro están ya muertos. Así lo sugiere el hermoso episodio de la muerte de Juan el Bautista. Escribe el evangelista que Herodes celebra una fiesta el día de su cumpleaños. Sin embargo, el evangelista (Marcos capítulo 6) no hace uso del término “cumpleaños”, que en griego es “*genetliaco*”. Antes bien, usa otro término griego, referido a una costumbre y tradición popular, según la cual se solía ir al cementerio a visitar la tumba de los difuntos en el día de su nacimiento. En otras palabras, la familia no recordaba al muerto en el aniversario de la defunción, lo recordaba el día en que –de haber estado en vida- habría celebrado su cumpleaños.

Bien, para hablar de Herodes, el evangelista no emplea el término *genetliaco* (que haría alusión al crecimiento, al aumento de la vida), sino la palabra “*genesiois*”, que indica el aniversario fúnebre. Herodes representa el poder, el dominio, y éstos, a medida que se prolongan en el tiempo, no solo no producen un aumento de vida, sino que se precipitan en la muerte. Cuando Herodes cumple los años, no se incrementa su vida, al contrario, se va acercando a la muerte. Su corte, además, está compuesta por cadáveres vivos. Dice el texto, de hecho, que Herodes ofrece un banquete. Pero ¿cuál es la única bandeja que aparece en la fiesta?. La bandeja que contiene la cabeza de un muerto. Es ésta una de las escenas más macabras y tétricas de todo el evangelio. Es la corte de los cadáveres vivos que se alimentan de muertos.

Todos los que ejercen un poder, son personas muertas. A veces, el ejercicio del poder y del dominio quedan recubiertos bajo una capa de afecto. No es raro escuchar esa frase obscena: “*Lo he hecho por tu bien*”. Poned tierra de por medio ante la gente que dice actuar por vuestro bien. No es verdad. Lo hacen por el propio interés, por el propio egoísmo. El vínculo afectivo subyuga a veces a las personas, los lazos del amor pueden impedir que las personas sean libres. Es cierto que quien se pone el delantal representa al Señor, pero a condición de que ese revestirse del delantal no acabe convirtiéndose en un peso insoportable para los demás. Algunas personas, que sirven a disgusto al prójimo, refunfuñando siempre, parecen decir con su actitud: “*El día que me canse y os dé la espalda, vamos a ver cómo os organizáis. Será un desastre*”. Pero un delantal que se convierte en objeto de chantaje está fuera de lugar.

Según el evangelio, la linfa vital de todas aquellas personas que dominan y pretenden imponer las propias ideas, las miras propias sobre los otros, se va pudriendo inexorablemente. Se convierten, pues, en sarmientos secos. Pero, repito, no son los otros sarmientos, ni siquiera Jesús, quienes pueden discernir si en el sarmiento hay vida o no. Esta tarea compete exclusivamente al Padre.

Pregunta. Pero me pregunto ¿cómo hace el Padre para purificar los sarmientos, para restituirles la vida?.

Respuesta. El Padre elimina los pesos muertos presentes en el cuerpo vivo, porque de otro modo, todo el cuerpo se resiente. Los pesos muertos impiden la circulación libre del flujo vital. Eliminandolos, el Padre vuelve a hacer posible la fluidez dinámica de la linfa.

Pregunta. (no se escucha bien la grabación)

Respuesta. Dios es amor, y el amor, indudablemente, es omnipotente, pero si este amor no encuentra los canales por los que manifestarse y ejercitarse, su omnipotencia no llega a salir a la luz.

Los males de la humanidad no hay que atribuirlos a Dios, son culpa de la humanidad que no colabora. Ayer decíamos que la tradición teológica del hebraísmo consideraba que la obra de la creación había quedado plenamente concluida, y había sido estropeada posteriormente por culpa de los primeros seres humanos. Pues bien, Jesús no aprueba esta visión de las cosas. El paraíso, tal y como aparece descrito en el libro del Génesis, no es una realidad irremediabilmente perdida que debemos añorar. Es, más bien, la profecía de un paraíso que podemos construir.

Por esto, dice Jesús: *“Mi Padre trabaja y también yo trabajo”*. Y Pablo añade: *“La misma creación aguarda impaciente la manifestación de los hijos de Dios”*. A todos, pues, nos corresponde colaborar, remangarnos y realizar en nosotros esta filiación divina que es posible sólo a través de la práctica del amor.

Y cuando hacemos circular esta energía de amor, porque el amor es contagioso, entonces aparece clara la omnipotencia del amor de Dios. Pero, si en lugar de energías constructoras de vida, ponemos en circulación energías de muerte, entonces, como es lógico, el rostro de Dios no se puede manifestar.

Pregunta.(no se escucha bien la grabación)

Respuesta. Ya he respondido a tu pregunta. Aclaremos los términos. Por religión, se entiende todo lo que el hombre debe hacer de manera obligatoria en favor de la divinidad, a fin de obtener su beneplácito, su perdón, su favor. En la religión, Dios es la meta de la propia existencia. Todo se hace por Dios y para Dios. Se reza para que Dios, de algún modo, conceda cuanto pedimos. Incluso el amor al prójimo no se hace solo por amor del otro, siempre se tiene un ojo puesto en Dios. Se ama al prójimo para obtener el premio de parte de Dios.

Una de las frases más obscenas que se pueden oír, es la de esas personas que proclaman: *“lo hago por caridad cristiana”*. Es decir, por mí que te caiga un rayo, pero en fin, te perdono por caridad cristiana... Lindezas estúpidas de este tipo hacen ver que las cosas no se hacen de verdad por el prójimo. Otras personas buenas que se preocupan de los necesitados, tienen siempre en los labios la frase repelente: *“yo ayudo a los pobres porque en ellos veo a Jesús”*. Entonces, si no lo viesen, ¿dejarían que se murieran todos...?.

Así es la religión. Todo cuanto se hace tiene a Dios por objeto. Con Jesús todo esto se ha acabado. No hay que sorprenderse de que acabaran con su vida. ¡Lo verdaderamente sorprendente es cómo consiguió durar tanto, y lo hizo a base de quitarse de en medio continuamente!.

Jesús no es un reformador religioso, no vino para purificar el templo. Vino para eliminarlo, sin más. No se propuso reformar la religión, su intención era abrir los ojos de la gente para hacerles ver la podredumbre de las raíces de la misma, porque la religión, cualquier religión, impide la comunión con Dios.

Si por religión se entiende todo lo que el hombre hace por Dios, la alternativa de Jesús es la fe. La fe cristiana no se deja encorsetar dentro de los parámetros de la religión. Tanto es así que los primeros cristianos eran acusados de ser ateos: no tenéis templo, ni sacerdotes, ni ley, ¡sois ateos!.

¿Qué es la fe?. La fe es la acogida de lo que Dios hace en favor de los hombres. No ya el hombre en camino hacia Dios, sino Dios que se encamina hacia el hombre. La tarea reservada al hombre es acoger al Dios que viene en su busca, y con él, y como él, dirigirse a su vez hacia los demás.

La oración deja de ser un reclamar continuo. Jesús dice: *“Cuando oréis, no proliferéis palabras huecas como los paganos; vuestro Padre conoce lo que os conviene antes de que se lo pidáis”*. Cuanto más larga sea la oración del individuo, más escasa será su experiencia de Dios. Cuanto más profunda sea la experiencia de Dios de las personas, más breve y silenciosa será su plegaria. Es más, diría que la oración genuina será un creer profundamente que el Padre sabe lo que necesitamos, y un abandonarnos confiado en sus manos.

La oración será un agradecimiento continuo, gratitud que brota de la certeza de ser amados infinitamente por Dios. Y el amor al prójimo no se hará para obtener un premio de parte de

Dios. Jesús no nos pide amar al prójimo porque en ellos se encuentre presente su esencia divina que los hace “amables”, o sea, dignos de ser amados. Nos pide solo dirigirnos a los otros con él y como él.

El Dios de Jesús no es la meta de la existencia del creyente, es el punto de partida. Pensad, por ejemplo, en la imagen de los círculos concéntricos que se producen y se van expandiendo cuando se lanza una piedra en un lago. Así es Dios. Cada persona que lo acoge lo hace más Dios, más Padre. Esta es la diferencia entre fe y religión.

Yo procuro hablaros con precisión, pero me hago cargo que sería necesario profundizar en el significado de las palabras. Observad que hablo de sacerdotes, que no hay que confundir con los presbíteros de la iglesia, aunque hay presbíteros que parecen sacerdotes. El sacerdote es la figura típica de la religión pagana, pues constituye la mediación imprescindible entre los hombres y la divinidad.

Jesús eliminó el sacerdocio y lo hizo extendiéndolo a todos. No existe ya una casta de personas que son mediadores entre Dios y el hombre. Es posible dirigirse directamente a Dios, hablarle de tú a tú. No hay necesidad de sacerdotes.

La Iglesia ha asumido esta visión en el Concilio, en cuyos documentos se afirma en varias ocasiones que somos un pueblo sacerdotal. Pero, dado que confundimos sacerdocio con presbiterado, no llegamos a percibir el alcance de estas afirmaciones. Todos somos sacerdotes en el sentido de que todos podemos dirigirnos directamente a Dios, sin tener que pasar a través de ningún mediador. La crítica que los evangelios hacen de la religión es feroz, porque son escollos que se interponen entre los individuos y el Señor.

Pregunta. Entonces ¿qué es el presbiterado?.

Risposta. En el sacramento del orden se recibe la ordenación presbiteral. En griego, presbítero significa *anciano*. Se trataba de personas escogidas por la comunidad para servirla y realizar una función de unión, porque eran personas sabias, maduras. La ancianidad no estaba referida necesariamente a la edad. El presbítero es una persona que pone la propia existencia al servicio de la comunidad. No está más alto que los demás. Si acaso, está un escalón más bajo que el resto, pues debe siempre servir.

Pregunta. Supongamos que una persona, en cualquier lugar del mundo, llega a tener el mismo tipo de percepción que tuvo Jesús. Me gustaría conocer su opinión sobre la validez de una hipótesis de este tipo, dado que la acción de Jesús se circunscribió solo a un limitado ámbito geográfico. Y también desearía saber qué piensa usted acerca de la resurrección.

Respuesta. Por lo que respecta a la primera pregunta, conviene siempre buscar las respuestas en el evangelio. Jesús concede a los suyos la capacidad de liberar a las personas de los demonios. Con demonios –que no se deben confundir con los diablos- se entendían todos los obstáculos que impedían acoger el mensaje de Jesús. Pero los discípulos no tienen éxito. La razón es que ellos mismos comparten esa misma mentalidad de la que debían liberar a las personas.

En su trayecto, encuentran a un individuo que no forma parte de su grupo, pero que, en cambio, libera a las personas. Celosos, van en seguida donde Jesús y se lo refieren. Terminan diciendo: “¿quieres que se lo impidamos?” Jesús replica: «No. Todos aquellos que hacen el bien a los demás, todos los que liberan a las personas, sean conscientes de ello o no, están en sintonía conmigo». Por consiguiente, el Dios que nosotros conocemos y que se ha manifestado en Jesús, no pone ningún tipo de límite a su manifestación

Todas las personas que crecen en la vida, que desarrollan su sensibilidad, se ponen en sintonía con la onda del creador y lo hacen presente. Lo manifestarán en culturas diversas, con imágenes diferentes, pero todos aquellos que se esfuerzan por el bien de los hombres, todos están en sintonía con el Señor.

En tu segunda pregunta hablabas de la resurrección. ¿A quién te refieres?.

Interlocutor. Jesús exhorta a los suyos a seguirlo, animándoles a dejar que los muertos entierren a sus muertos. Dice también que quien pone la mano en el arado no debe mirar hacia atrás. Me pregunto si Jesús habla de una resurrección ya en esta vida, o si se refiere a un estado

sucesivo tras la muerte.

Respuesta. Si, has dicho bien. Se trata de resucitar en esta vida. ¿Cuál era la creencia de los primeros cristianos?. ¿Que morirían para después resucitar o que ya habían resucitado en esta vida?. En las cartas de Pablo hallamos expresiones que parecen extrañas. Pablo escribe: “*Nosotros que ya hemos resucitado*”. ¿Cómo puede hablar así antes de morir?. Dice también “*Nosotros que estamos sentados en el cielo*”.

Los primeros cristianos no creían que los muertos volverían a la vida, su convicción era, en cambio, que los vivos no morirían. Esta es la fe en la resurrección. Para comprenderla, es necesario tener en cuenta cómo era la mentalidad hebrea de la época.

Se creía entonces que la vida comenzaba con el nacimiento y concluía con la muerte. Después, se iba a una cueva subterránea llamada *sheol*, que significa, *aquél que engulle, aquél que traga*. Cuando los textos bíblicos fueron traducidos al griego, pusieron el nombre del Dios de los muertos: Hades. Y al pasar al latín, Hades se convirtió en Inferis, el Dios de los muertos en Roma. Inferis no hay que confundirlo con infierno, son cosas distintas. En el credo decíamos antiguamente que Jesús fue sepultado y descendió al reino de los muertos (inferis, no infierno) para transmitir una vida más fuerte que la muerte a todos los que habían muerto antes que él.

Creían, pues, que con la muerte acababa todo, hasta que un día se tendría la resurrección de los justos. Pero cuando habla de vida eterna, Jesús no se refiere a un premio futuro. Habla de una realidad presente. Quien cree, tiene ahora ya la vida eterna. Quien se alimenta de su cuerpo, igualmente posee la vida eterna. Y es eterna no por la duración, sino por tener una cualidad tal que podrá superar el momento trágico de la muerte biológica.

Jesús enseña que quien lo acoge, o sea, quien vive como él amando a los demás, tiene en sí una energía de vida tal, que esa persona no experimenta como muerte la muerte biológica, que inevitablemente nos llega a todos.

Es por esto que el Nuevo Testamento afirma: “*Dichosos aquellos a quienes no afecta la segunda muerte*”. ¿Cuántas veces se muere?. Dos veces. Está la primera muerte, la biológica. Cada día mueren millones de células, todos nos vamos dirigiendo inexorablemente hacia la muerte biológica. Pero quien posee dentro de sí una vida rica de amor y de servicio, no experimenta esta muerte, sigue viviendo.

Puede que existan personas que no hayan alcanzado el nivel mínimo de vida, porque siempre han rechazado el amor en su existencia, y nunca lo han puesto en práctica. Cuando llega la muerte biológica, para esas personas no hay ya nada, es un aborto sin vida. Esta es la segunda muerte. Los primeros cristianos creían que los vivos nunca morirían.

Pregunta. Quisiera saber su opinión sobre la confesión y todo lo que nos han inculcado al respecto.

Respuesta. Es el sacramento que más detestan los cristianos. Sacramento significa comunicación de gracia, de vida, una vida que hace crecer a las personas. ¿Cómo es posible que los sacerdotes lo hayan convertido en algo devastador?. Hay confesiones, de hecho, que destrozan a las personas.

Conozco algunas personas que se han alejado de la iglesia aterradas después de una confesión humillante. El sacerdote se dedicó a indagar en los aspectos morales y sexuales más íntimos, dejando a la persona fuertemente tocada. Es como ir al ginecologo y encontrarse con un maniaco sexual. Se sale destrozados.

El sacramento es una comunicación de gracia, y existe desde el siglo cuarto. No fue instituido directamente por Jesús. Jesús, de hecho, no lo hizo todo. Tenía tanto aprecio de nosotros, cristianos, que nos dió la posibilidad de crear diversos instrumentos que ayudan a vivir mejor su mensaje. Uno de éstos es el sacramento al que te refieres, que a propósito, es el sacramento que más transformaciones ha sufrido a lo largo de los siglos.

Al inicio, se podía acceder al mismo una sola vez en la vida. ¿Qué problema surgió entonces?. Se confesaban solo los moribundos. Sucesivamente, se generalizó la práctica de este sacramento, pero se comenzaron a imponer unas penitencias tremendas. Estamos en la Edad

Media, y tales penitencias dieron origen a las indulgencias y al Purgatorio. Las penitencias eran, por ejemplo, de este tipo: recitar los 150 salmos todos los días durante 25 años, o bien, dejar de tener relaciones sexuales con el marido o con la mujer. Eran penitencias desorbitadas, pero podían ser canjeadas – por ejemplo - por una jugosa ofrenda económica para las necesidades de la iglesia. A partir de ahí, el sacramento fue sufriendo numerosas modificaciones hasta llegar a nuestros días.

Hace unos 25 o 27 años, se produjo un salto cualitativo radical. Cambió incluso el mismo nombre del sacramento. Hasta entonces, con la idea de confesión se ponía el acento en la acusación de las culpas; desde entonces, con el nombre de reconciliación, se trata de volver a poner nuestra existencia en sintonía con el proyecto de Dios.

En el nuevo rito, el punto central no es tanto acusarse de las culpas, sino escuchar la palabra de Dios. Hay personas, sin embargo, que parece que tienen la necesidad psicológica de descargar todos los pecados habidos y por haber, cometidos y no cometidos. Son personas enfermas. Lo que uno ha hecho o ha dejado de hacer, al sacerdote en realidad no le debería importar nada. Dios lo sabe mejor que nadie. Dios es más grande que nuestra conciencia, recordad. Algunas cosas que nosotros creemos pecado, al Señor le producirán hilaridad.

Así pues, dejemos a un lado todo lo que es humillante y envilecedor y no nos permite crecer y experimentar la grandeza del amor de Dios hacia nosotros. El elemento central del nuevo rito es la escucha de la Palabra de Dios y, mediante la imposición de las manos, la transmisión del Espíritu Santo al individuo para permitirle vivir esa palabra que ha escuchado. Si se hace así, entonces este rito ayuda a que el individuo crezca, lo enriquece, y el sacramento deja de ser objeto de temor.

Los tiempos y los modos de acceder a este sacramento dependen de las personas. Sé que muchas personas piensan que con el sacramento sucede algo parecido a los tomates, o sea, que tienen fecha de caducidad, y por eso cuando se confiesan dicen: hace diez días, o quince días, o un mes... Por cuanto se refiere a los tiempos y a las formas, cada uno deberá decidir por sí mismo.

Pregunta.(no se escucha bien la grabación)

Risposta. Nosotros somos plenamente libres, pero esa libertad nos es dada para el servicio de los otros, no para hacer lo que nos resulte más cómodo. Jesús nos quiere plenamente libres, porque solo quien es del todo libre, recibe el Espíritu que le permite ponerse al servicio de los otros. No se trata de una libertad para la propia conveniencia.

Pregunta.(no se escucha bien la grabación)

Respuesta. Ha hecho algo inaudito. Decíamos ayer que Jesús no es una genial figura religiosa. ¿Quiénes son los personajes geniales?. Los profetas. Son personas que han llevado hasta el máximo nivel su experiencia religiosa. Pero Jesús fue más allá. La condición de la mujer en sus tiempos era realmente inimaginable, se consideraba una clase sub-humana. Todavía hoy los varones hebreos agradecen a Dios tres veces al día que no los haya creado mujer. Por su parte, la mujer se limita a dar gracias por haberla creado según su voluntad...

La condición de la mujer era terrible, estaba al nivel de una esclava. Jesús entra en una casa donde hay dos tipos de mujer. Una, cuyo nombre es ya de por sí todo un programa de vida: Marta; Mar significa: Señor, y el sufijo Ta significa “de la casa”. Ella es la mujer de la casa, la reina de la casa, es la mujer por excelencia, de acuerdo con la tradición, o sea, la persona que debe servir. Esta mujer tiene una hermana, María, que realiza algo escandaloso, inaudito: se pone a conversar con Jesús!.

Hoy todavía, en las casas orientales del mundo árabe, sólo los hombres reciben y entretienen al huésped. La mujer no se deja ver, ni siquiera durante la cena. No obstante, María desafía este tabú, y acoge el mensaje de Jesús, según el cual no existe ya diferencia entre hombre y mujer. Por eso, ella cumple la función del dueño de la casa: se pone a escuchar a Jesús.

Marta, que es la esclava de la casa, esclava a la que han convencido que ella es la reina, no tolera la libertad que se toma su hermana y pide agitada a Jesús: «Envía de nuevo a mi hermana

al mundo de la tradición, al mundo en que quedan relegadas las mujeres». En su respuesta, Jesús reprueba las palabras de Marta: “*Marta, Marta tú te afanas por muchas cosas, María ha elegido la mejor parte y no le será sustraída*”. ¿Qué es lo que no se puede sustraer a los individuos?. A las personas se les puede quitar todo, menos la libertad. No me refiero a la libertad que nos conceden los que dominan, sino la libertad que es fruto de una conquista interior. Cuando se ha conquistado la libertad - y María la ha conquistado desafiando los tabús-, no hay ya nada que nos pueda despojar de la misma.

Entre Pilatos y Jesús, atado con sogas frente a él como una peonza, la persona verdaderamente libre es Jesús y no Pilatos, quien por temor de no hacer carrera, acepta que acaben con la vida de un inocente. Entre Jesús, arrestado, y Pedro, la persona libre es Jesús.

El episodio de Marta y María no significa para nada un elogio, como se hizo después, de la vida contemplativa. Es un elogio de la libertad, un elogio que no vale solo para las mujeres, sino para todos los individuos. Jesús elogia la persona que tiene una libertad, fruto de una conquista interior, no la libertad que nos es concedida y que puede ser también sustraída. Y la libertad se obtiene solamente a través de la práctica sistemática de la transgresión. No se obtiene, no se llega a la libertad si no se vulnera la ley, pues solo en la libertad está el Espíritu.